

La Clase Obrera y el Centenario -1910-

trabajos de investigación

GUSTAVO NICOLÁS CONTRERAS • VANESA TEITELBAUM •
ÁLVARO ORSATTI • MIGUEL AUZOBERRÍA • ESTER KANDEL •
LUCAS GONZÁLEZ Y OSCAR SPADARI •
MARÍA CRISTINA SATLARI • CLAUDIA VISCONTI

PIMSA
PROGRAMA DE INVESTIGACIÓN SOBRE
EL MOVIMIENTO DE LA SOCIEDAD ARGENTINA

ETA
ediciones 

Contreras, Gustavo

La clase obrera y el centenario 1910 : trabajos de investigación
/ Gustavo Contreras ; Vanesa Teitelbaum ; Álvaro Orsatti. - 1a ed. -
Buenos Aires : CTA Ediciones, 2011.

320 p. ; 23x15 cm.

ISBN 978-987-26577-3-4

I. Movimientos Sociales. 2. Historia del Movimiento Obrero.
I. Teitelbaum, Vanesa II. Orsatti, Álvaro III. Título
CDD 321.82

LA CLASE OBRERA Y EL CENTENARIO -1910-
TRABAJOS DE INVESTIGACIÓN

© 2011 Central de Trabajadores de la Argentina

ISBN 978-987-26577-3-4

CTA Ediciones
Director: Marcelo Paredes
Edición: Cora Rojo
Tel: 4383-3305
editorial@cta.org

Diseño de tapa: Fabián Piedras
fpiedras@gmail.com
Diagramación: Yolanda Padilla
yolandapucci@yahoo.com.ar

Impreso en: Gráfica Laf SRL,
Monteagudo 741 (B1672AFO), Villa Lynch

Todos los derechos reservados.
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

Movimiento obrero y anarquismo en la Argentina de principios del Siglo XX

Perspectivas y discusiones sobre la organización, los métodos de lucha, la violencia, el reformismo y la revolución

Gustavo Nicolás Contreras

Dedicado a mis compañeros del club Costa Azul, especialmente a Goli, Guso, el Barba y el Zurdo, porque ellos saben de los sacrificios cotidianos que implica desarrollar por autogestión una organización social, deportiva y cultural, pero sobre todo, porque ellos saben de las satisfacciones y alegrías que nos da recorrer juntos este camino.

UNA INTRODUCCIÓN NECESARIA

La conmemoración del bicentenario de la Revolución de Mayo de 1810 estimuló la reflexión de la sociedad argentina sobre aquellos acontecimientos, y en el desarrollo de esta tarea no pudieron evitarse los balances sobre los caminos recorridos en estos doscientos años de historia. Las preguntas sobre cómo estamos y hacia dónde vamos previsiblemente se hicieron presentes en la indagación del tema. Una profusa producción intelectual y cultural expresó las ideas y los intereses de distintos sectores de la Argentina actual, proyectados tanto sobre el pasado como sobre el presente y el futuro. Hubo allí una interrelación siempre latente, que en algunas ocasiones tomó carácter explícito. En este marco, como referencia ineludible, los festejos del centenario de aquella misma revolución ocuparon un lugar destacado en las reflexiones. ¿Qué se hizo un siglo después con aquel legado de mayo de 1810? ¿Cómo estábamos y hacia dónde íbamos en 1910? Suicintamente quisiera destacar dos versiones (respuestas) dominantes sobre la cuestión.

Por un lado, están quienes sostienen que Argentina en 1910 “era una fiesta”. Esta frase alude a un país próspero y exitoso, con un crecimiento económico sostenido basado en un modelo agroexportador que no sólo entusiasmaba a los capitalistas, sino que brindaba amplias posibilidades de ascenso social a todas las personas que se lo propusieran. La Argentina era el “granero del mundo” y una tierra paradisíaca para la inmigración trasatlántica. La división internacional del trabajo y la libertad de mercado (que mueve bienes y personas “libremente”) aseguraban esta proyección. Este relato, a su vez, resalta que el país había logrado madurar un sistema institucional estable, guiado oportunamente por el gobierno de una elite social y política orientada tras ideales constitucionales y republicanos. La Argentina era una fiesta y tenía un futuro promisorio, aunque años más tarde perdería el rumbo en alguna esquina en la que se escondían la crisis iniciada en 1929 o el ascenso del peronismo.¹

Por otro lado, la versión oficial del actual gobierno también reconoció los méritos económicos del modelo vigente en aquel entonces, pero matizó este éxito contrastándolo con las carencias laborales, los padecimientos sociales, las penurias económicas, la exclusión política y la represión sufridas

¹ Esta interpretación corresponde principalmente a la historiografía liberal-republicana y encuentra su medio de difusión masivo predilecto en el diario *La Nación*. Para ejemplificar esta línea, se puede citar el sugestivo artículo publicado por Bartolomé De Vedia en dicho periódico, titulado “Cuando el país era una fiesta”. La nota se inicia afirmando: “El 25 de mayo de 1910, la República Argentina era más que un país: era una fiesta de la historia y del sentimiento patrio. No sólo por el entusiasmo y el fervor con que la población y los gobernantes habían unido sus esfuerzos para celebrar el primer centenario de la patria, sino también porque nadie dudaba ya de que el país había alcanzado niveles de pujanza, desarrollo y esplendor que lo estaban llevando a una posición descollante en el conjunto de las naciones hispanoamericanas”, *La Nación*, 25/05/2010, (en línea) <http://www.lanacion.com.ar/1268270>. En tanto sector socio-político, este lineamiento conmemoró el bicentenario con la reapertura del teatro Colón. Apreciado en continuidad histórica y en sentido político-ideológico, el teatro es todo un símbolo “aristocrático” de los festejos del centenario.

por los trabajadores de la época. Lo cierto es que la interpretación presentada en el párrafo anterior no reparó en los que quedaron excluidos de las “bonanzas” del sistema. Los actos oficialistas certeramente señalaron los límites que conllevaban tanto un modelo de acumulación capitalista agroexportador como un gobierno oligárquico para la incorporación de la masa trabajadora al sistema social y político dominante. En contraposición, el gobierno actual defendió las virtudes de un capitalismo de corte industrial atravesado por la fuerte presencia de un Estado interventor que, considerando también los intereses populares, se preocupaba por distribuir la riqueza, integrar socialmente y abrir la participación política a las mayorías.²

Lo que sí tienen en común estas dos explicaciones históricas es que ambas se corresponden con las pujas actuales que están librando los sectores que hoy dirigen las dos alianzas social-políticas dominantes, enfrentamiento que se desarrolla concretamente sobre la diada difundida como “campo versus gobierno”.³ Historia y política, en este caso, como en muchos otros, son difíciles de disociar.

Ahora, se percibe en los dos razonamientos sobre el período del centenario de la Revolución de Mayo que los trabajado-

² En la versión oficial del gobierno pueden reconocerse las influencias historiográficas del revisionismo histórico y de la perspectiva socialdemócrata de la postdictadura; posiciones que se plantean como alternativas a la visión liberal-republicana. En este sentido, en los festejos oficiales hubo un lugar para conmemorar los sufrimientos de los de “abajo” por las injusticias cometidas por los “excesos” de los de “arriba”.

³ Vale aclarar que en cada alianza social-política participan también con su propia perspectiva asalariados y pequeños propietarios rurales, fracciones sindicales y movimientos sociales, entre otros sectores subalternos. Sin embargo, puede afirmarse que sus intereses no son los dominantes. Será motivo de otras investigaciones ver sus disputas internas con los grupos que dirigen las alianzas en las que se alinean socio-políticamente. Tomamos el concepto de alianza de clases de Carlos Marx, “Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850”, compilado en *Trabajo asalariado y capital*, Planeta-Agostini, Barcelona, 1985.

res aparecen como sujetos pasivos. En el primer caso habrían gozado de las bondades del proyecto de la elite política y social gobernante, mientras que en el segundo, se destacaron también los sufrimientos que implicó para la clase obrera aquel modelo de país impuesto por la oligarquía agroexportadora en poder del Estado. Ambas visiones expresan toda una concepción del mundo, en la cual la clase obrera sólo puede ser subsidiaria de la dirección de distintas fracciones de la burguesía (terrateniente, comercial, industrial o financiera). Así, las opciones de los trabajadores se limitarían a aliarse con el sector que le promete mejores condiciones de existencia en el sistema social vigente. Las mejoras en sus vidas, entonces, remitirían a un “efecto derrame” del crecimiento económico capitalista, a la caridad de los gobernantes piadosos o a las medidas distributivas de un Estado benefactor encabezado por la burguesía industrial. De esta manera, la clase obrera sólo recibe dádivas, no construye; espera, no impulsa; padece, no enfrenta; le otorgan, no conquista; es conducida, no puede dirigir. Toda una apuesta historiográfica y, por supuesto, política.

Las perspectivas propias y autónomas del movimiento obrero fueron escasamente reseñadas, y quienes las visitaron en los debates dominantes recientes no dieron cuenta de toda su magnitud. No se ha resaltado que a cien años de la gesta de mayo de 1810 fueron los trabajadores quienes plantearon un proyecto revolucionario para cambiar la organización de la sociedad y reconstruirla sobre nuevas bases.⁴ Eran los here-

⁴ En todo caso, debe señalarse que las producciones que se hicieron desde el campo historiográfico de izquierda no tuvieron peso como tales en el debate predominante en los medios de comunicación y en las instituciones, y algunas de sus proposiciones fueron incorporadas, aunque de manera fragmentaria, por el discurso revisionista adoptado por el gobierno y sus intelectuales orgánicos. Por otra parte, hubo un intento de conmemoración alternativa a las dos tendencias mencionadas anteriormente en lo que se autodenominó “El otro bicentenario. El bicentenario de los pueblos”. Sin embargo, éste convocó a un sector minoritario de la población de la Argentina. De todas maneras, las debilidades y las dispersiones para forjar otro

deros de aquel espíritu transformador, aunque encarnado en otras proyecciones. El socialismo y el comunismo anárquico asomaron con fuerza en el horizonte de los nuevos revolucionarios. El reformismo tampoco les fue ajeno, y les permitía luchar para conquistar mejores condiciones de vida dentro de un capitalismo que al mismo tiempo intentaban superar.

Por mi parte, en este texto me propongo recuperar algunos aspectos de la historia de los trabajadores centrando la atención en sus acciones, organizaciones y pensamientos. Me moviliza la inquietud por conocer cómo se proyectaba la clase obrera en la Argentina del centenario. ¿A qué se debe la postergación del tema en el debate público? ¿Cómo entender las dos visiones dominantes y la ausencia de una interpretación que considere al movimiento obrero como un actor activo con un proyecto alternativo en el periodo de la conmemoración del centenario? ¿Este bache se explicará solamente por una decisión deliberada de las clases hegemónicas o estará expresando a su vez que actualmente los trabajadores y el pueblo todavía no han logrado coincidir en conjunto y con fuerza en una opción autónoma que se presente como tercera en disputa a las dos alianzas dirigidas por los capitalistas del campo y del gobierno? ¿Podrá la investigación histórica sobre la clase obrera ser un paso en este último sentido? Ojalá.

ALGUNOS ASPECTOS HISTÓRICOS, POLÍTICOS Y TEÓRICO-METODOLÓGICOS

Pero ¿cómo intervinieron históricamente, y cómo lo hacen en el debate actual, las clases subalternas? En primer lugar,

tipo de debate primaron en el sector socio-político de izquierda. Omar Acha ha insinuado que esta carencia se debe a las dificultades de la historiografía de izquierda para construir un relato general alternativo de la historia nacional. Ver "El bicentenario y la incertidumbres culturales de la izquierda", *Herramienta*, Bs. As., 2010, [en línea] <http://www.herramienta.com.ar/content/el-bicentenario-y-las-incertidumbres-culturales-de-la-izquierda>

habría que destacar que muchos sectores subalternos participaron (participaron) apoyando a uno u otro proyecto de las burguesías, ya sea desde una alianza político-social consciente o como resultado del ejercicio de hegemonía por parte de las clases dominantes. En relación con esto último, recordemos que una fracción de clase se hace con el poder del Estado cuando, entre otras cosas, tendencialmente puede mostrar su interés particular como expresión del interés general. Una opción diferente a las señaladas la construyen (construyeron) las fracciones de clases subalternas que impugnando ambos modelos de capitalismo se proponen (propusieron) otro tipo de sociedad, que en términos generales podemos denominar socialista o no capitalista.

Sin detenernos en las clases subalternas que acriticamente hacen (hicieron) propias las formulaciones de la burguesía, en este artículo nos preocuparemos por cómo la clase obrera elaboró políticas de alianza para mejorar sus condiciones de existencia en el sistema social vigente y por cómo emprendió políticas para superar el régimen capitalista. En otros términos, reformismo y revolución como perspectivas que nacen desde una estrategia de los de abajo.⁵

⁵ En relación con lo que venimos diciendo, para recuperar la historia de las clases subalternas Antonio Gramsci propone estudiar: "1. la formación objetiva de los grupos subalternos (...), por el desarrollo y las transformaciones que se producen en el mundo de la producción económica, su difusión cuantitativa y su origen a partir de grupos sociales preexistentes, de los que se conservan durante algún tiempo la mentalidad, la ideología y los fines; 2. su adhesión activa o pasiva a las formaciones políticas dominantes, los intentos en influir en los programas de estas formaciones para imponer reivindicaciones propias, y la consecuencias que tengan estos intentos en la determinación de procesos de descomposición, renovación y neoformación; 3. el nacimiento de partidos nuevos en el grupo dominante para mantener el consentimiento y el control de los subalternos; 4. las formaciones propias de los subalternos para reivindicaciones de carácter reducido y parcial; 5. las nuevas formaciones que afirmen la autonomía de los grupos subalternos, pero dentro de los viejos marcos; 6. las formaciones que afirmen la autonomía integral, etc.". "Apuntes sobre la historia de las clases subalternas", en *Antología*, SXXI, Bs. As., 2004, pp. 491-492.

Al referimos al estudio del pasado, es necesario aclarar que, a diferencia de la historia de la burguesía que goza de unidad por sus posiciones dirigentes en el Estado, para reconstruir la historia de las clases subalternas nos encontramos con dificultades dadas por la dispersión, la fragmentación y cierta discontinuidad. Siguiendo a Antonio Gramsci podemos afirmar que “las clases subalternas, por definición, no se han unificado y no pueden unificarse mientras no puedan convertirse en Estado”.⁶ Escribir la historia del movimiento obrero, entonces, es recuperar tanto sus enfrentamientos contra la dominación de la burguesía como las luchas de tendencias a su interior y sus intentos por lograr su unidad como clase.

Pese a estos inconvenientes, la importancia de avanzar en el conocimiento de las experiencias pasadas de los trabajadores reside en que los resultados obtenidos en tiempos pretéritos, en muchas ocasiones, se convierten en herramientas significativas para enfrentar los desafíos que plantean el presente y el futuro.⁷ Repasar ciertos procesos históricos por lo tanto puede constituirse también en un objetivo político. Sobre este trasfondo, nos preguntaremos sobre el devenir de la clase obrera en el marco del centenario de la Revolución de Mayo y sobre cómo construyó su propia estrategia.

Precisemos esto último. Nicolás Iñigo Carrera ha señalado que “cuando hablamos de estrategia podemos estar refirién-

⁶ Gramsci, Antonio, “Apuntes sobre...”, *op. cit.* “La historia de los grupos subalternos es necesariamente disgregada y episódica. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos hay un tendencia a la unificación, aunque sea a niveles provisionales; pero esa tendencia se rompe constantemente por la iniciativa de los grupos dirigentes y, por tanto, sólo es posible mostrar su existencia cuando ya se ha consumado el ciclo histórico, y siempre que esa conclusión haya sido exitosa. Los grupos subalternos sufren siempre la iniciativa de los grupos dominantes, incluso cuando se revelan y se levantan. En realidad, incluso cuando parecen victoriosos, los grupos subalternos se encuentran en una situación de alarma defensiva.”

⁷ Antognazzi, Irma y Redondo, Nilda, *Hacer la Historia, un desafío*, Ed. Grupo de Trabajo Hacer la Historia, Argentina, 2007

donos a dos procesos distintos, aunque relacionados entre sí: 1) el que hace a los enfrentamientos que va librando una clase social y cuya meta puede conocerse observando esos enfrentamientos; 2) las diferentes alternativas políticas que proponen a esa clase los diversos cuadros políticos que actúan en la sociedad, y que expresan los intereses de distintas clases o fracciones sociales”.⁸ Dada la imposibilidad de abordar en este trabajo toda la complejidad del proceso, me centraré en el segundo aspecto señalado. La percepción de la necesidad actual de reconstruir una alternativa política propia de los trabajadores hizo que me interesara en rescatar cómo los dirigentes obreros y los intelectuales, me refiero a aquellos que eran orgánicos a la clase obrera,⁹ se plantearon teórica y prácticamente la organización del proletariado y su proyección sindical, política e ideológica en el periodo del Centenario de la Revolución de Mayo.

EL ANARQUISMO COMO CORRIENTE PREDOMINANTE EN EL MOVIMIENTO OBRERO DE PRINCIPIOS DEL SIGLO XX

El proceso histórico de principios del siglo XX muestra que existieron múltiples alternativas político-ideológicas que se propusieron como organizadoras de la clase obrera, y como tales participaron en la construcción de las estrategias prole-

⁸ *La estrategia de la clase obrera -1936-*, Ed. Madres de Plaza de Mayo, Bs. As., 2004, pp. 20-21.

⁹ Es importante destacar la participación y el rol de los intelectuales, dado que “todo grupo social, como nace en el terreno originario de una función esencial en el mundo de la producción económica, se crea al mismo tiempo y orgánicamente una o más capas de intelectuales que le dan homogeneidad y conciencia de su propia función, no sólo en el campo económico, sino también en el social y político”. Sin embargo, las tareas que demanda la organización de la clase obrera necesita un tipo distinto de intelectual; “su modo de ser no puede ya consistir en la elocuencia (...) sino en el mezclarse activo en la vida práctica, como constructor, organizador, persuasor permanente precisamente por no ser puro orador...”. Gramsci, Antonio, “La formación de los intelectuales”, en *Antología...*, *op. cit.*, pp. 388-396.

tarias. Corresponde señalar que una de las opciones en boga se impuso sobre el resto de las formulaciones existentes, influyendo con su orientación en el proceso de organización sindical y política de los trabajadores. Sobre este trasfondo es lícito preguntarse por qué en determinado momento el movimiento obrero elige una dirección política y no otras. ¿Qué ofrecía la perspectiva que consiguió predominar?

A fines del siglo XIX y principios del XX, el movimiento obrero de la Argentina logró articularse en organizaciones de masas, con posiciones unitarias y con formulaciones que abarcaban desde el reformismo hasta proyecciones revolucionarias. Las tres corrientes político-ideológicas que en la época participaron de este proceso de organización sindical y política fueron: el anarquismo, el socialismo y el sindicalismo revolucionario. Sin desconocer la importancia de las dos últimas, en el presente texto me centraré en el análisis del devenir del anarquismo, ya que sus militantes hicieron predominar sus postulados y así pudieron dirigir el naciente movimiento obrero de la Argentina.

Esta particularidad despertó el interés de muchos investigadores, seguramente debido a que tal situación, en primera instancia, se contraponía a la imagen convencional que se ha construido sobre el movimiento libertario. Las interpretaciones tradicionales habían catalogado al anarquismo como meramente individualista, naturalmente violento, milenarista o místico y apologético de la desorganización. Todas estas características, a su vez, fueron atribuidas a movimientos sociales que se desarrollaban en estructuras socio-económicas atrasadas o premodernas. Si bien no puede negarse la existencia de esta correlación en el devenir del movimiento ácrata en general, tampoco debería desconocerse que convivieron otras concepciones y otras prácticas, las cuales no siempre fueron minoritarias. El anarquismo argentino, centralmente urbano y vinculado al movimiento obrero, exhibió algunas peculiaridades que no sólo lo distinguieron internacionalmente sino que también lo distanciaron de aquella explicación inicial.

Dicho esto, comenzaremos con la revisión de las interpretaciones que de manera simplista caracterizaron al anarquismo a partir de la ponderación de un comportamiento lógico que “debería haber tenido” por la ideología (en abstracto) que profesaba. Contrariamente, el objetivo del presente texto es considerar la experiencia histórica concreta de quienes fueron los organizadores de los trabajadores, con sus creaciones y contradicciones, asumiendo una perspectiva analítica que sostiene que también la práctica del movimiento obrero fue definiendo ciertos lineamientos de la ideología anarquista en la Argentina de principios del siglo XX. La praxis y la ideología tendrían, pues, una mutua determinación en el caso estudiado.

Se busca, entonces, rescatar la complejidad de la práctica y la ideología anarquista, muchas veces soslayada o tratada *a priori* abstracta o peyorativamente. Para la tarea propuesta nos basaremos en las discusiones internas que mantenían diferentes corrientes anarquistas en torno a la concepción de la organización, los métodos de lucha, la violencia, el reformismo y la revolución, entendiéndolas como variables de análisis que nos podrán acercar a comprender las diferentes orientaciones y sus razones de ser, así como sus logros y límites. Todo ello será considerado en directa relación con el desarrollo del movimiento obrero de la época.

Siguiendo este planteo, recorreremos los últimos años del siglo XIX, destacando las disputas internas entre individualistas y organizadores. Luego, nos concentraremos en la propuesta organizativa de Antonio Pellicer Paraire, la cual entendemos como un nexo teórico entre una época de desarticulación del movimiento obrero con otra en la que primará el anarquismo como su orientador y principal unificador. En tercer lugar, analizaremos cómo la adopción de esta propuesta organizativa llevó al anarquismo a la dirección del movimiento obrero. A continuación, nos detendremos en algunas discusiones que se dieron sobre cuestiones organizativas, políticas e ideológicas. Por último, haremos un balance

de la experiencia del anarquismo en Argentina, tratando de entender su desarrollo, auge y decadencia. En la explicación de esta parábola, el año de los festejos oficiales del Centenario de la Revolución de Mayo de 1810 se constituiría en un punto de inflexión en el devenir de un movimiento obrero conducido por militantes libertarios.

BREVE PLANTEO DE LA CUESTIÓN

El derrotero particular del anarquismo en Argentina radicó en que, excepcionalmente, se convirtió en un movimiento organizado de masas. Tal situación encuentra similitudes en la historia de muy pocos países, siendo España el ejemplo más destacado. Es interesante resaltar que el anarquismo en Argentina logró articular sus ideas con la organización del movimiento obrero, y así consiguió predominar en la dirección de los trabajadores por lo menos durante la primera década del siglo XX.

En este recorrido emergieron ciertas contradicciones a su interior. Masificación y movimiento obrero, significaban también organización y sindicatos, lo cual se traducía en la necesidad de regirse por ciertas reglas, mantener una disciplina e incluso la urgencia de discutir tácticas y estrategias para orientar al colectivo obrero. Tales presupuestos se contrapusieron en los hechos al ideario de los más "doctrinarios". En este contexto, nacieron fuertes disputas entre organizadores y anti-organizadores, entre anarco-sindicalistas y anarco-individualistas.

Los argumentos de los más "principistas" se basaban en la necesidad de guardar la pureza de los más altos ideales, siendo ésta la única posibilidad de construir la sociedad futura. Sus oponentes, negaban la posibilidad de transformar la sociedad si las ideas no prendían en las masas, y priorizando esta convicción preferían organizar un movimiento fuerte que enfrente al Estado, aun a costa de tener que aceptar ciertas

claudicaciones en el aspecto doctrinal.¹⁰ Este proceso podría ser entendido como una tensión entre la conciencia concreta del movimiento obrero y la ideología formal anarquista,¹¹ tensión que se fue desarrollando y combinando de manera cambiante durante el desenvolvimiento de la coyuntura. Precisamente de esta situación intentaremos dar cuenta a continuación.

PRIMERA APROXIMACIÓN: ALGUNAS SUGERENCIAS INTERPRETATIVAS

Las primeras interpretaciones sobre el anarquismo destacaron su directa correlación con estructuras sociales precapitalistas, siendo esta condición de pre-modernidad el determinante de una ideología primitiva, casi mítica. De hecho, el anarquismo inicialmente fue asociado a una concepción particular del cambio social, el cual llegaría repentinamente mediante una “gran noche”¹² o algún episodio apocalíptico que impondría casi inmediatamente la sociedad libertaria.¹³ En una de sus versiones más difundidas, se dio a entender que la revolución se proyectaba tras la idealización de un pasado de comunas campesinas libres, federadas entre sí, donde la propiedad era comunitaria y el gobierno local democráticamente ejercido.¹⁴ Sólo había que derribar lo existente para que rena-

¹⁰ Consideramos válida para el caso la diferenciación de Gramsci que distingue a los intelectuales puros (excesivo filosofismo especulativo) de aquellos intelectuales más dados a la actividad práctica (más vinculados a las masas populares). Ver Gramsci, Antonio, “La filosofía de la práctica y la cultura moderna”, en *Antología*, *op. cit.*, p. 458.

¹¹ Daniel James desarrolla este esquema teórico de Raymond Williams en su estudio sobre la clase obrera peronista. Ver *Resistencia e integración*, Sudamericana, Bs. As., 1990.

¹² Ver Moissonnier, Maurice, “Anarquismo y socialismo”, en Duclos, Jacques, Engels, Federico y Moissonnier, Maurice, *Anarquistas de ayer y de hoy*, Roca, México, 1973, p. 135.

¹³ Ver Álvarez Junco, José, *La subcultura anarquista en España: racionalismo y populismo*, Ed. Complutense, Valencia, 1986; Hobsbawm, Eric, *Rebeldes primitivos*, Ariel, Barcelona, 1974, Cap. V: Milenarios.

¹⁴ Ver Álvarez Junco, José (editor), *Kropotkin, panfletos revolucionarios*, Ayuso, Madrid, 1977.

ciera lo anterior, perfeccionado por la destrucción de la autoridad estatal, única causa de la opresión.¹⁵ Este esquema de pensamiento fue vinculado a las características agrarias y campesinas del anarquismo.

Se deriva de los postulados mencionados que la violencia, individual y colectiva, era considerada el arma revolucionaria por excelencia, siendo su vía natural la espontaneidad¹⁶ y la “propaganda por los hechos” su mejor medio de difusión. Eric Hobsbawn, en su análisis del tema, no pudo evitar deslizar cierta sentencia al respecto al decir que “el principal atractivo del anarquismo era emotivo y no intelectual (...) Quien haya estudiado o tenido algo que ver con el movimiento anarquista real se habría sentido afectado por el idealismo, el heroísmo, el espíritu de sacrificio y de santidad...”. Según el historiador marxista británico, la revolución proyectada por los libertarios se motorizaba por el instinto y su cuerpo doctrinario se fundaba sobre principios morales, despreciando de este modo tanto el análisis científico como punto de partida para la acción, como las organizaciones, las tácticas y los programas, instancias todas percibidas como coercitivas. Allí algunas de las diferencias con el pujante movimiento socialista emergente en la segunda mitad del siglo XIX en Europa.

Las regiones con características pre-industriales fueron particularmente propensas al crecimiento del anarquismo, desta-

¹⁵ “¿Cómo vendría el gran cambio? Nadie lo sabía. En el fondo, los campesinos pensaban que tenía que llegar de alguna forma si todos los hombres se declaraban por él al mismo tiempo”. Tal situación es planteada por Hobsbawn en su análisis de los anarquistas andaluces de fines del siglo XIX. Ver *Rebeldes primitivos...*, *op. cit.*

¹⁶ Desde una visión crítica, Hobsbawn señaló que “la espontaneidad puede derrocar regímenes políticos o por lo menos hacerlos impracticables, pero no ofrece ninguna alternativa viable a una sociedad más avanzada que la campesina arcaica y autosuficiente, y aun en este caso sólo lo hace bajo el supuesto de que las fuerzas de los estados y de la vida económica modernas pasen simplemente de largo y dejen en paz a la comunidad aldeana autogobernada”, Hobsbawn, Eric, *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Ariel, Barcelona, 1978.

cándose España, Italia y la mayoría de los países latinoamericanos. Sin embargo, la visión que venimos describiendo no hace total justicia con el movimiento ácrata, ya que presenta baches al explicar algunos movimientos particulares, como por ejemplo los que se desarrollaron en Barcelona y Buenos Aires. Ambos se dieron en zonas urbanas, se preocuparon por cuestiones organizativas, se vincularon al movimiento obrero a través de los sindicatos y adoptaron como método principal de lucha los paros parciales, el boicot, el sabotaje y la huelga general. Es decir, se relacionaron claramente con los sectores sociales modernos y con las estructuras industriales y comerciales del capitalismo.

Estas excepciones,¹⁷ por un lado, motivaron a ciertos intelectuales a reconsiderar las características de la ideología anarquista, reconociendo tanto diferentes líneas internas dentro de un campo común, como su flexibilidad al momento de articularse como opción práctica; mientras que por otra parte, estimularon a los investigadores a estudiar el anarquismo ya no sólo desde los condicionantes económico-sociales, sino también desde el plano de la estrategia política que adoptó, más allá de los determinantes estructurales y los principios ideológicos (abstractos) en los que se encuadraba.¹⁸ Javier Paniagua afirmó al respecto que “necesitamos explicar por qué

¹⁷ También puede citarse como una gran excepción el caso del Partido Bolchevique en Rusia, el cual dirigió una revolución socialista en un país eminentemente agrario y atrasado. Su realización difiere en cierto sentido de aquella idea de Marx que pronosticó que el socialismo era más factible en los países de mayor industrialización y desarrollo. Ver Gramsci, Antonio, “La revolución contra `El Capital””, en *Antología, op. cit.*, p. 34. Este ejemplo nos muestra que en algunos casos la estrategia política puede primar sobre los condicionantes estructurales e ideológicos. Los propios bolcheviques reconocieron que ellos mismos desde el poder debían asumir las tareas democrático-burguesas que no había logrado plasmar por su cuenta la clase capitalista.

¹⁸ Gramsci afirma que “la realidad abunda en combinaciones de lo más raro, y es el teórico el que debe identificar en esas rarezas la confirmación de su teoría, `traducir´ a lenguaje teórico los elementos de la vida histórica, y no al revés, exigir que la realidad se presente según el esquema abstracto”. Ver “Espontaneidad y dirección consciente”, en *Antología, op. cit.*, p. 312.

a cosas que son o que adoptan formas diversas se les denomina de una misma manera. Sabemos que una ideología no es un todo acabado; responde en todo caso, a las necesidades de la sociedad y, de no ser así, su capacidad de movilización desaparece. Lo importante no es su grado de coherencia teórica (ahí está el nacionalismo para demostrarlo), sino su fuerza aglutinadora y de credibilidad".¹⁹ Pensando específicamente en el anarquismo español, sugiere estudiarlo como modelo de comportamiento político, al margen de los factores ideológicos abstractos que lo caracterizaron.²⁰

Retomando este enfoque de la cuestión, podríamos arriesgar como hipótesis que el anarquismo logró la dirección del movimiento obrero en la Argentina, durante la primera década del siglo XX, debido a que adoptó una estrategia política que supo representar las necesidades, las aspiraciones y la conciencia de los trabajadores de aquella época.

EL MOVIMIENTO OBRERO HASTA EL 1900

En los orígenes del movimiento obrero argentino, los anarquistas rápidamente se destacaron en la difusión de sus ideas. Ellos, al igual que los socialistas, crearon incipientes agrupamientos, estimulando círculos de lectura y actividades de edición, principalmente de folletos y periódicos.²¹ Pronto aparecieron, aunque embrionariamente, las primeras sociedades de resistencia. En estas nacientes formaciones prevaleció la tendencia anarco-individualista o anti-organizadora, la que propagó sus convicciones a través de las páginas de *El Perseguido* y *El Rebelde*.

¹⁹ Paniagua, Javier "Una pregunta y varias respuestas. El anarquismo español desde la política a la historiografía, en *Historia Social*, N°12, Valencia, 1992, p. 39.

²⁰ Paniagua, Javier "Una pregunta...", *op. cit.*

²¹ Ver Suriano, Juan, *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires, 1890-1910*, Manantial, Bs. As., 2001, p. 34.

En la misma época, en Europa, el anarquismo estaba pasando por una etapa particularmente violenta, y sus cultores defendieron esas mismas ideas en su nuevo lugar de residencia,²² aunque sólo lo hicieron discursivamente, sin reproducir sus prácticas asociadas. Los asesinatos de Humberto I° de Italia, de la emperatriz de Austria y de Canovas en España, por nombrar los hechos más destacados, fueron festejados por los adalides del terrorismo y las bombas, subrayando que la violencia contra el Estado y sus representantes era el único medio de superación de la sociedad burguesa. Algunos grupos radicalizados ultra-individualistas sostenían: “anarquía significa destrucción de toda autoridad, por mínima que sea; entonces, si eso quiere decir anarquía, anarquía quiere decir destrucción”.²³ Esta concepción entendía a la violencia como sinónimo de revolución, la cual debía ser ejercida racionalmente como un acto de la más pura justicia.²⁴ Las ideas y acciones de esta tendencia le dieron argumentos certeros a quienes abonaron las interpretaciones convencionales sobre el anarquismo.

Esta corriente ácrata afirmaba que la violencia espontánea, sendero natural de la rebelión, encontraba en los excluidos y los desheredados su explosiva base social. Compartían, pues, el llamado de Bakunin a esa “gran canalla popular que lleva en su seno, en sus pasiones, en sus instintos, en sus inspiraciones (...) todos los gérmenes del socialismo del futuro”.²⁵ En tal sentido, para arribar a la sociedad libertaria, se debía confiar en

²² Di Tella, Torcuato, *Historia Social de la Argentina Contemporánea*, Troquel, Brasil, 1999.

²³ *La Autonomía individual*, N° 2, 1 de agosto de 1897, citado en Suriano, Juan, *Anarquistas...*, *op. cit.*

²⁴ “Nada es más justo –entonces– en ese momento y aún después, que el robado y el agredido al mismo tiempo, se haga justicia gratuita, ya que la justicia legal no rige para él porque no tiene cómo pagarla y, si la paga, sancionaría la conducta del patrono, porque tal es la misión del derecho”, *El Rebelde*, 8 de enero de 1899, citado en Suriano, Juan, *Anarquistas...*, *op. cit.*

²⁵ Bakunin, Mijael, *Obras Completas*, Tomo IV, Ed. Francesa, citado por Moissonier, Maurice, “Anarquismo y ...”, *op. cit.*, p. 135.

el odio, el resentimiento y “las malas pasiones”, cualidades que potenciarían la transformación por encima de las posibilidades atribuidas a la conciencia revolucionaria de la clase obrera, postulada en la misma época por los socialistas. Esta última no era tomada más que como una equívoca abstracción, ya que afirmaban que en la realidad no existen más que individuos, quienes por su moral justiciera deben acometer contra el Estado y contra toda autoridad hasta su definitiva destrucción en una lucha a “todo o nada”.

Frente a estas premisas anarco-individualistas y anti-organizadoras, surgió dentro del movimiento anarquista un sector crítico de algunos de los puntos reseñados. Esta parcialidad emergente pugnaba por una lucha “terrenal” y al mismo tiempo impulsaba organizaciones que se proponían dar cuenta de las necesidades que diariamente sufría el proletariado. De esta manera, nació en Argentina una tendencia organizadora que intentaba vincular el anarquismo con el movimiento obrero. Enrico Malatesta y Pietro Gori se destacaron en la formación de esta corriente, acelerando su desarrollo y su pronto predominio, primero dentro del anarquismo y luego en el movimiento obrero en general.²⁶ Este crecimiento se acentuó con la aparición de *La Protesta Humana*, en 1897. Inglán Lafarga, director del periódico, desde sus páginas exhortaba a los anarquistas a sumarse a la lucha obrera por el salario, aunque no incluyera pasos revolucionarios. Con optimismo señalaba que toda lucha en sí fortificaría al obrero ya que “si conquista una pequeña mejora se dará cuenta de su poder (...) Somos partidarios de emprender este movimiento (...) en la imposibilidad de realizar la revolución social tan pronto como los anarquistas quisiéramos”.²⁷

²⁶ Sobre la actividad de estos dos militantes anarquistas, el primero más vinculado al mundo sindical y el segundo al intelectual, ver Bayer, Osvaldo, “La influencia de la inmigración italiana en el movimiento anarquista argentino”, en *Los anarquistas expropiadores*, Planeta, Bs. As., 2003.

²⁷ Citado por Oved, Iacov, *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*, Siglo XXI, México, 1981.

El sector anarco-organizador, pronto devenido en anarco-sindicalista, al discutir los pasos y los objetivos de las luchas que debían emprenderse, se distanciaba de los anarco-individualistas en cuanto a la concepción de la violencia, por lo menos en dos puntos. Por un lado, la violencia terrorista y destructiva no era vista como una expresión natural de la anarquía sino como una consecuencia del injusto orden social existente. Por el otro, si bien estos actos eran comprendidos como reflejos de desesperación, se negaba el terror individual aislado como principio táctico.²⁸ De este modo, al evaluar el asesinato de la emperatriz de Austria, *La Protesta Humana* expresó repulsión por el atentado, “un crimen sin aparentes perspectivas”, y recalcó que el motor de tal acción fue la miseria que imprime el ambiente sobre la vida de las personas: “Este individuo –un triste producto del ambiente– jamás es resultado de la propaganda anarquista”. Distanciándose, reclamaba que no se culpara a todos los anarquistas por lo sucedido, y al mismo tiempo desestimaba que el ejecutor se autoproclamara anarquista. Sus páginas marcaban también la contradicción provocada por aquel hecho. Se señalaba que el acto desató una reacción internacional contra el anarquismo, la cual no solo arremetió contra los terroristas sino contra todo el movimiento, sin reconocer líneas internas y condenando la protesta social en su conjunto, mientras que sus autores no habían conseguido ningún avance significativo en la lucha.

Las diferencias de apreciación sobre la utilización de la violencia como medio de lucha, a su vez, se basaban en discrepancias tácticas y estrategias. Los anarco-sindicalistas bregaban por una lucha de masas, donde la organización obrera estaba llamada a ser rectora de los explotados. En tal sentido se priorizaban métodos colectivos para enfrentar a los patrones y al Estado, como los paros parciales, el boicot, el sabo-

²⁸ Ver Oved, Isaacov, *El anarquismo...*, op. cit., p. 111, y Bilsky, Edgardo, *La FORA y el movimiento obrero* / 2, 2 tomos, CEAL, Bs. As., 1985, p. 114.

taje y las huelgas generales.²⁹ La violencia individual, si bien no era condenada, era considerada con precaución, ya que la mayoría de las veces perjudicaba al movimiento obrero al ser ejercida sin un objetivo coordinado previamente, que generalmente obtenía por resultado la reacción estatal y patronal sobre un colectivo laboral desprevenido. En contrapartida, abogaban por una violencia de masas, por una acción del conjunto de los explotados: por la huelga general revolucionaria.

La importancia de estudiar los postulados centrales del sector anarco-organizador radica en que éste logró impulsar y dirigir la primera gran federación obrera de carácter nacional: la Federación Obrera Argentina –FOA– (luego FORA). Este hecho hace que adquiera relevancia recorrer las propuestas y las luchas que desarrolló la tendencia organizadora al interior del anarquismo, para entender cómo consiguió predominar en sus propias filas y en el movimiento obrero del período. La cuestión cobra mayor interés si consideramos que el crecimiento de esta corriente se dio en un lapso de tiempo muy breve. Recordemos que, en 1895, el jefe de policía de Buenos Aires destacó que el anarquismo en esa fecha no tenía el menor asidero en las organizaciones obreras.³⁰

LA PROPUESTA DE ANTONIO PELLICER PARAIRE

El impulso de la corriente anarco-organizadora reconoce en Enrico Malatesta una figura sobresaliente, quien desde su arribo a la Argentina se vinculó con el movimiento obrero. Su primer contacto lo realizó mediante la fundación del sindicato

²⁹ Vale contrastar que *El Perseguido* se oponía a las huelgas porque percibía que éstas implicaban meras mejoras parciales sin mayores perspectivas, las cuales beneficiaban sólo a un número reducido de obreros. Ver Bilsky, Edgardo, *La FORA...*, op. cit. p. 113.

³⁰ Spalding, Hobart, *La clase obrera argentina*, Galerna, Bs. As., 1970, p. 184. Citado por Oved, Iacov, *El anarquismo...*, op. cit., p. 12.

de panaderos. Al redactar su estatuto marcó toda una línea que sirvió de norma para las recientemente creadas organizaciones obreras, al igual que para las que estaban por surgir. La victoria de la huelga de los panaderos, en enero de 1888, significó también la expansión de las ideas anarquistas en el mundo obrero. El estatuto logrado y la obtención de conquistas parciales se convirtieron en referencias ineludibles para los trabajadores de aquella época. De este modo, los anarquistas irían encontrando un lugar como orientadores tácticos de las luchas del movimiento obrero.³¹ Malatesta, a su vez, durante su estadía en Argentina, realizó un llamado a la unidad del proletariado por encima de las diferencias ideológicas, en pos de priorizar su fuerza de conjunto.

La Protesta Humana, como decíamos anteriormente, hizo suya esta línea de intervención y se convirtió en su principal difusora. Numerosos artículos fueron afianzando el acercamiento del anarquismo al movimiento obrero. Este proceso de articulación creciente encontró un momento importante de teorización en las propuestas de Antonio Pellicer Paraire. Doce textos aparecidos desde el 17 de noviembre de 1900, bajo el título "La organización obrera", conformaron el cuerpo doctrinario que primaría en el anarquismo de principios de siglo.³² Los escritos de este obrero tipográfico se transformaron luego en la base del Pacto Solidaridad que aprobaría el IV° Congreso de la FORA, de claro predominio anarco-organizador, el cual le serviría a la Federación para aglutinar al grueso de la clase obrera de aquel momento.

³¹ Al respecto ver Bayer, Osvaldo, *Los anarquistas expropiadores...*, *op. cit.*

³² Hay un resumen de esta propuesta en el libro de Diego Abad de Santillán, *La F.O.R.A., ideología y trayectoria*; Proyección, Argentina, 1993. Recordemos que el autor fue un intelectual destacado del anarquismo y que, entre otras actividades, participó en la década del 20 como periodista de *La Protesta*. Para una breve pero interesante biografía, ver Troncoso, Oscar, *Fundadores del gremialismo obrero*; 2 Tomos, CEAL, Bs. As., 1983. Cap. I: Diego Abad de Santillán, pp. 13-37.

Las sugerencias de Pellico, seudónimo con el que firmaba Pellicer Paraire, fueron centrales en la definición de una línea de intervención del anarquismo hacia el movimiento obrero, en la que, entre otras cosas, se aceptaban las luchas parciales y se alentaba tanto la creación de sindicatos de oficios como su coordinación en federaciones.³³ Estas proposiciones pueden ser entendidas como una bisagra entre un período de predominio de los anarco-individualistas y la posterior hegemonía de los anarco-sindicalistas, ya que lograron articular en la práctica una fórmula organizativa para el conjunto del movimiento obrero dirigida por los propios anarquistas.

Pellico había comprendido que era preciso salir del estado puramente crítico para comenzar a elaborar el instrumento de la victoria de los desheredados, “la fuerza que realice la idea en marcha”. Las organizaciones obreras tenían que dejar de ser órganos de resistencia y defensa y debían convertirse en un instrumento para despojar a la burguesía. A los ideales anarquistas había que apuntalarlos con los medios para poder consumirlos: “la fuerza reside en cada uno de nosotros, los oprimidos, pero esa fuerza es nula sin asociación, sin organización”. Esta idea “tan natural y lógica”, según el autor, fue desconocida por mucho tiempo por una “excesiva confianza en el mito del pueblo y en la espontaneidad”. Para Pellicer Paraire las contradicciones de la situación podían ser superadas a partir de dos formas de organización:

“una económica y otra revolucionaria, dos ramas paralelas como las vías férreas que, no obstante su equidistancia, constituyen una unidad por la cual el tren llega a destino. Esto es, una organización que agrupe a los obreros como tales y otra que asocie a los revolucionarios y mantenga su relación permanente, un brote de la Fraternidad Internacio-

³³ Esta apreciación también es sostenida por Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, *op. cit.* (cap. II), y por Bilsky, Edgardo, *La FORA...*, *op. cit.*, p. 112.

nal de Bakunin dentro y junto a la Asociación Internacional de los Trabajadores”.³⁴

La propuesta dualista deslindaba la lucha gremial de la lucha política. Los revolucionarios lucharían plenamente por el triunfo del ideal, mientras que los trabajadores, todavía no conscientes de la necesidad de construir otra sociedad, enfrentarían a los patrones por mejoras parciales. Los obreros, a pesar de que eran los más difíciles de organizar, eran también “la verdadera palanca de la fuerza revolucionaria, y aún quizá (agregaba Pellico) representen a la nueva sociedad dentro de la vieja”. Sin embargo, reconocía que este desarrollo en paralelo precisaría algún estudio más profundo, ya que argumentaba que existía la posibilidad de que en el futuro una y otra vía sean a la vez “*económicarevolucionaria*”.³⁵

El régimen organizacional que propuso Pellicer Paraire se ajustaba a los siguientes principios. Los resumo: 1) cada individuo debía mantener su libertad y sus derechos; 2) las voluntades involucradas debían ser activas, y no permitir que unos se encarguen de todo y otros sean indiferentes, para evitar los “mandones”; 3) la sociedad no tenía que encargarse sólo de la lucha contra el capital sino que debía brindar el más completo apoyo, buscando aliviar y dar satisfacción a los miembros. A partir de estos puntos, Pellico formulaba el *Acratismo - Libre*

³⁴ Todas las citas de los textos de Pellico son de Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, *op. cit.*

³⁵ Buscando una comparación histórica con la propuesta de Pellicer Paraire, anacrónicamente se nos aparece la disposición que armará más tarde el anarquismo español: la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), como fuerza sindical de masas, y la Federación Anarquista Ibérica (FAI), como brazo revolucionario formado sólo por los instruidos y concientes. Ambas entidades fueron borrando sus límites en Barcelona en el momento que estalló la guerra civil y la revolución, conformando posiblemente una fuerza económico-revolucionaria. Ver Einsemlinger, Hans, *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti*, Anagrama, Frankfurt, 1978; Broué, Pierre, *La Revolución española (1931-1939)*, Península, Barcelona, 1977.

Pacto - Solidaridad.³⁶ El mismo estaba basado en la organización de oficios y tenía los siguientes objetivos: 1) mejorar las condiciones de trabajo; 2) que los asociados se presten mutuo y fraternal apoyo; 3) que los adheridos procuren instrucción y recreo; 4) practicar la solidaridad con todas las asociaciones obreras con idénticos propósitos; 5) encaminar todos los esfuerzos hacia la liberación social.

La forma organizativa preferida por Pellico era la federación, la cual a su entender debía tener cuatro instancias: de oficio, local, regional e internacional. Su distinción iba acompañada del señalamiento de un camino para organizar a los explotados. Una vez constituidas las sociedades de oficio, se impondría la necesidad de una coordinación de todas las entidades de este carácter dentro de una federación local. La diferencia entre ambas federaciones radicaba en su objetivo; mientras la de oficio debía ocuparse de la lucha meramente gremial, la local tenía una función social más directa y estaba llamada a intervenir en la cosa pública. Además, ésta última debía avanzar sobre aspectos como la salud y la educación, tratando de evitar que los trabajadores asistan por tales motivos a las instituciones estatales. Debía convertirse en la comuna en actividad, en el organismo político de los trabajadores locales. Cada una de ellas, a su vez, se vincularía a una federación regional que se encargaría de agrupar a todos los trabajadores que residían en el país. En última instancia, por supuesto, el propósito final era hermanar a todas las federaciones regionales en una entidad internacional.

Pellico advertía sobre la necesidad de resguardar un aspecto doctrinal fundamental en la estructuración de la nueva fuerza. La organización se cuidaría de avanzar sobre las individualidades, "conservando todos los núcleos su autonomía y

³⁶ Abad de Santillán mencionaba que estas ideas no eran improvisadas ya que en la revista *Acracia* de Barcelona (1886-1888) apareció una formulación similar, probablemente del mismo autor, ver *La FORA...*, *op. cit.*, p. 55.

su independencia, sin invadir otros grupos ni imponer a nadie métodos ni sistemas, ni teorías, ni escuelas, ni creencias, ni fe ninguna, libre el individuo desde su primera agrupación con sus conciudadanos, sus hermanos de taller, que hablan el mismo idioma y que son afines en todo, hasta en la inteligencia universal, sin sentirse ofendido en sus sentimientos ni en sus prevenciones y prejuicios, si los tiene". Este marco de respeto y tolerancia era considerado insoslayable en la construcción colectiva.

El aporte de Pellicer Paraire, entre otros puntos, marcaba un quiebre profundo con la concepción tradicional del anarquismo sobre la lucha obrera y la revolución, lo cual le fue dando al movimiento ácrata un "carácter moderno". Los primeros anarquistas, "rebeldes primitivos", se predisponían a impulsar un gran acto de violencia apocalíptica con el objetivo de destruir el Estado y toda autoridad, acción que al instante, casi místicamente, daría a luz a la federación universal de comunas libres. De esta manera, la sociedad ideal se proyectaba en el pasado. Contrariamente, la propuesta de Pellico, y de estos "rebeldes modernos" que él expresaba, no ubicaba a la sociedad ideal en tiempos remotos, sino que había que construirla, estaba en el futuro. Las federaciones por lo tanto debían convertirse en comunas, las cuales había que comenzar a organizar para que, una vez derrocado el Estado, la nueva sociedad se levantara sobre ellas. Los sindicatos y las federaciones tenían que transformarse en el "organismo político de los trabajadores", en "el germen de la comuna revolucionaria del futuro"; es decir, debían funcionar como "la nueva sociedad dentro de la vieja".³⁷

³⁷ No debería llamar la atención la influencia que pudo haber tenido la Comuna de París de 1871 en el pensamiento de Pellicer Paraire. Muchos migrantes de ultramar, incluso, habían vivido de cerca la experiencia del primer gobierno obrero y traían su legado a Latinoamérica. Sobre aquella experiencia ver Marx, Carlos, *La guerra civil en Francia, 1871*, [en línea] <http://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/gcfran/index.htm>

Sus argumentos cobraron fuerza y comenzaron a ser difundidos y complementados por otros dirigentes anarquistas, también desde *La Protesta Humana*. Pronto, en febrero de 1901, en un artículo titulado "Asociación, huelgas y reformas", Liberto reflexionaba sobre las posibilidades de articular el reformismo y la revolución, ya enunciadas por Pellico. Liberto escribía apoyando "todas las reformas que pueda conseguir el proletariado, y no por lo que ellas en sí valen, sino por las siguientes razones: ganando pequeñas victorias, los trabajadores aspiran a conseguir mayores... practicando la unión y la solidaridad, los trabajadores se dan cuenta de la enorme fuerza que poseen. Las reformas, si no sirven para emancipar materialmente a los obreros, ejercen en cambio una influencia regeneradora en la mentalidad del proletariado". Completaba su argumentación afirmando que "la asociación obrera de hoy (nos referimos a la que ha comprendido su verdadero fin) es pues, algo así como el esbozado modelo de lo que será la sociedad comunista anárquica del mañana".³⁸

La propuesta de Pellicer Paraire analizada en este apartado fue de gran significación para el desarrollo del anarquismo argentino. Sus postulados lograron darle un rol organizador, vincularlo al movimiento obrero y ubicarlo en la dirección de la Federación Obrera más importante de principios del siglo XX.³⁹ Este giro podría entenderse como un "proceso de madura-

³⁸ Citado por Bilsky, Edgardo, *La FORA...*, *op. cit.*, p. 112. En la teorización sobre los organismos federativos locales como base de la sociedad del futuro, según Bilsky, también debe reconocerse la influencia de algunos militantes franceses. Ya "el dirigente sindicalista francés Fernand Pelloutier, apoyándose en la visión de Bakunin sobre la organización social del futuro basada en Asociaciones Libres de Productores, considera que esas asociaciones surgirán del desarrollo de las federaciones sindicales locales o de las Bolsas de Trabajo" (p. 115). El legado de los franceses sería retomado por los sindicalistas revolucionarios que se nuclearon en la Unión General de Trabajadores (UGT).

³⁹ "Se nos metió entre ceja y ceja que un movimiento anarquista que no estuviese fundido y confundido con el movimiento obrero tenía que ser estéril, condenable e impotente. De allí que le dedicara un libro a la FORA: la historia inicial del proletariado de América Latina la hizo la FORA...", palabras de Diego Abad de Santillán, en Troncoso, Oscar, *Fundadores...*, *op. cit.*, p. 25.

ción”,⁴⁰ como un acomodamiento a las tareas que el movimiento obrero precisaba desenvolver en la coyuntura. Sobre este trasfondo se comprende también porque los trabajadores los eligieron como dirección político-ideológica para la construcción de su estrategia. La nueva orientación adoptada, le permitió al anarquismo estructurarse y crecer, incluso superando en su devenir a la tendencia socialista, que también era fuerte en la Argentina de la época. Allí la importancia de las sugerencias de Pellico.

EL PREDOMINIO ANARCO-ORGANIZADOR: DE LA FUNDACIÓN DE LA FOA AL Vº CONGRESO DE LA FORA

El predominio adquirido por el sector anarco-organizador se traduciría en mayo de 1901 en la formación de la Federación Obrera Argentina (FOA).⁴¹ Junto con el Partido Socialista y sectores independientes, los anarquistas impulsaron un organismo gremial que se propuso agrupar al conjunto de la clase obrera.⁴² La fundación de la FOA “representó un salto cualitativo en la construcción de la clase obrera argentina, dotándola de una presencia política y organizativa propia”.⁴³ Constituyó la “cristalización del eslabón” que hizo de puente entre el viejo tejido social desarticulado de la sociedad de fines del siglo XIX y las relaciones socio-políticas que enmarcaban las acciones del proletariado en los países capitalistas

⁴⁰ Ver Suriano, Juan, *Anarquistas...*, op. cit., p. 16.

⁴¹ Escapa a las posibilidades de este trabajo dar cuenta del desarrollo institucional del movimiento obrero argentino. Para este tema ver Oddone, Jacinto, *Orígenes del gremialismo proletario argentino*, Libera, Bs. As., 1975; Marotta, Sebastián, *El movimiento sindical argentino*, Calomino, Bs. As., 1970; Íscar, Rubens, *Origen y desarrollo del movimiento sindical argentino*, Anteo, Bs. As., 1958.

⁴² El primer intento, aunque fallido, se había dado en 1891 con la fundación de la Federación de Trabajadores de la Región Argentina (FTRA). De escasos miembros y corta vida, se disolvió en 1892. Ver Belloni, Alberto; *Del anarquismo al peronismo*, Ediciones Documentos, Bs. As., 1960, p. 14.

⁴³ Bilsky, Edgardo, *La FORA...*, op. cit., p. 109.

más avanzados del mundo. Contextualmente, las pésimas condiciones de vida de los trabajadores y la creciente conflictividad social se mostraron como circunstancias propicias para el avance del sindicalismo.⁴⁴

Los anarquistas rápidamente predominaron en la orientación de esta joven formación político-sindical. El anti-estatismo, el apoliticismo y la acción directa se impusieron como principios rectores de la FOA. La correlación de fuerzas favorable a los libertarios provocó que los socialistas hicieran estas concesiones. Sin embargo, pese a que sus posiciones no eran dominantes al interior de la Federación, los militantes del Partido Socialista (PS) no renunciaron a desplegar una perspectiva centrada en la lucha política (electoralista) y la sanción de reformas obreristas por vía parlamentaria.⁴⁵ Estas diferencias se tensionaron en el IIº Congreso de la FOA y, frente a la intransigencia de los anarquistas, los socialistas abando-

⁴⁴ Sobre las condiciones de vida y las organizaciones de los trabajadores de la época es más que ilustrativo el estudio realizado por Juan Biale Massé en 1904, ver *Informe sobre el estado de la clase obrera*, 2 tomos, Hyspamérica, Bs. As., 1986. Unos años antes había dado cuenta de la situación Adrián Patroni en su libro *Los trabajadores en la Argentina*. El texto completo puede consultarse en García Costa, Víctor, *Adrián Patroni y "Los trabajadores argentinos"*, 2 tomos, CEAL, Bs. As., 1990.

⁴⁵ El Partido Socialista realizó una campaña de naturalización de extranjeros con fines electorales, la cual se complementó con la inhibición de los extranjeros para ocupar puestos en el comité central, en sintonía con la legalidad que regulaba la participación en el Congreso de la Nación. Esta decisión fue criticada por la discriminación que sufrían los inmigrantes no naturalizados afiliados al PS. La elección de Alfredo Palacios como legislador en 1904 acentuó la línea elegida por la dirección del partido. Por otra parte, los socialistas siguieron perfilando esta orientación cuando recibieron positivamente las iniciativas legislativas de reformas laborales y electorales propuestas por Joaquín V. González para atenuar el conflicto social. Contrariamente los sindicalistas de la UGT y la FORA rechazaban tanto las actividades políticas como la mediación arbitral del Estado en los conflictos entre el capital y el trabajo, dado que entendían que con ello se buscaba acallar o disminuir la percepción de las desigualdades sociales realmente existentes. Ver Bertolo, Maricel, *Una propuesta alternativa: el sindicalismo revolucionario (1904-1916)*, CEAL, Bs. As., 1993.

naron la recientemente creada Federación e impulsaron por su cuenta la Unión General de Trabajadores (UGT).⁴⁶

El programa de la FOA, lógicamente, respondía en gran medida a los principios de los ácratas. De esta manera, por ejemplo, evaluando la actitud a tomar frente a la intervención del Estado, se pronunciaban contra la legislación laboral y contra el arbitraje. Complementaban esta orientación con el llamado a la fundación de escuelas libres y servicios de salud solidarios a fin de desconocer los hospitales y los establecimientos educativos del Estado.⁴⁷ En cuanto a los métodos de lucha, se negaba el parlamentarismo y se priorizaba la acción directa, recomendando los paros parciales, el boicot, el sabotaje y la huelga general. Es decir, se valoraban medidas que conducirían a victorias parciales, pero se afirmaba que para conseguirlas no era necesario que mediara el Estado. En este sentido, el II° y el III° Congreso de la FOA avanzaron en reivindicaciones puntuales: luchar contra el trabajo nocturno, por la jornada de 8 horas, contra el trabajo a destajo, por bolsas de trabajo, por la reducción de los precios de los alquileres, entre los ítems más destacados.⁴⁸

⁴⁶ Defendiendo las posiciones del anarquismo, Abad de Santillán entendía que “los socialistas, encabezados en terreno gremial por Adrián Patroni, no marchaban a gusto con un organismo como la Federación Obrera Argentina que, aunque amplísima en sus declaraciones, llena de respeto por el principio de la organización económica de los trabajadores, no podía convertirse en gestora de votos para el triunfo político de ningún partido y dirigía la atención del proletariado sobre la acción directa, sobre los medios propios de lucha en oposición al parlamentarismo de la socialdemocracia”, Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, *op. cit.*, p. 79.

⁴⁷ Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, *op. cit.*, p. 115.

⁴⁸ Las actas de los congresos de la FOA y de la FORA se encuentran en Bilsky, Edgardo, *La FORA...*, *op. cit.* Por su parte, el reconocido anarquista Pietro Gori defendió la posibilidad del arbitraje en un conflicto laboral como última instancia de solución. Las críticas de los sectores anti-organizadores de *El Rebelde* no se hicieron esperar. Sin embargo, el rechazo a la propuesta era generalizado y no se aprobó. De todos modos, en el II° Congreso de la FOA se dejó abierta la posibilidad para que cada federación de oficio lo decidiera con libertad, aunque nunca se podría apelar a la intervención del Estado. El triunfo de la posibilidad de arbitraje, que significó un avance de las posturas de los anarco-organizadores, podría entenderse por el prestigio que tenía

Las demandas obreras se topaban constantemente con atropellos patronales y eran respondidas con una creciente represión por parte del Estado. En esta sintonía, en 1902, las fuerzas del "orden" sancionaron la Ley de Residencia. Esta reacción, sin embargo, lejos estuvo de hacer retroceder al gremialismo. La indignación proletaria, que aumentaba día a día, se fue traduciendo en militancia y organización. Las huelgas se multiplicaban y en ocasiones triunfaban, como en los casos de los portuarios y de los conductores de carruajes. En este clima, las preocupaciones de los anarquistas se centraron en intervenir en los conflictos laborales, fortalecer las organizaciones obreras y mejorar la forma de adaptar su ideología a la mentalidad de los trabajadores.⁴⁹ Frente a las reticencias de los grupos ácratas más individualistas, el destacado periodista anarquista Eduardo Gilimón descartaba la posibilidad de que la ampliación del movimiento actuara en detrimento del ideal.

"Lo que hay [que entender] es que el anarquismo ha entrado en un terreno práctico, de verdadera acción, abandonando el teorizar, el divulgar doctrinas (...) se ha infiltrado en la masa obrera, y aunque no se hable tanto de anarquía, se hace más anarquía que antes (...) La solidaridad y la rebelión: he aquí el resultado actual de la infiltración anarquista en la masa trabajadora. No parece esto anarquismo (...) porque no suena de nombre, pero el alejamiento continuo de los obreros de la lucha política, es su mayor propulsión a rebelarse, sus actos violentos cada día más numerosos (...) las huelgas generales que amenazan cada día tener alcance mayor (...) es anarquía e indican que el anarquismo, lejos de estar en decadencia, adquiere mayor auge y poderío."⁵⁰

Pedro Gori entre los anarquistas y por la influencia creciente del movimiento obrero organizado dentro de la FOA.

⁴⁹ Bilsky, Edgardo, *La FORA...*, *op. cit.*, p. 120.

⁵⁰ Gilimón, Eduardo, "En, por, con, de, sin, sobre una decadencia", *La Protesta*, 26 de junio de 1904, citado por Oved, Isaacov, *El anarquismo...*, *op. cit.*, p. 354.

La insatisfacción de sus necesidades básicas impulsaba a los trabajadores a luchar por reivindicaciones gremiales. Esta proliferación de conflictos socio-laborales se les presentó a los anarco-organizadores como la oportunidad propicia para intervenir en pos de estrechar vínculos con el movimiento obrero. La tendencia organizadora iba en ascenso, mientras que los anarco-individualistas, defensores de la pureza doctrinaria y de un acérrimo individualismo, perdían espacios frente a la presión de los bajos salarios, las condiciones de trabajo insalubres y la desocupación. La desaparición de *El Rebelde* en 1903 indicaba la correlación de fuerzas al interior del anarquismo.

En este panorama, durante el IV° Congreso de la FOA, los anarquistas profundizaron su vínculo con el gremialismo y avanzaron en dos puntos fuertes. Por un lado, decidieron cambiarle el nombre a la entidad agregándole "Regional", conformando la sigla FORA, término más acorde a sus principios antinacionales. Por otro, incorporaron a su carta orgánica el *Libre Pacto-Solidaridad*, cuyas bases ya habían sido enunciadas por Pellicer Paraire. Con optimismo Abad de Santillán consideraba que el Pacto había constituido el marco del amplísimo desarrollo del anarquismo en el movimiento obrero. Claramente, el Libre Pacto-Solidaridad se distanciaba de los anarco-individualistas poniendo el eje en la organización, así como también de los socialistas reformistas al renegar de la política partidaria y priorizar como objetivos centrales la lucha sindical y la acción directa.

El predominio de los anarco-sindicalistas sobre los socialistas se correspondió con un planteo más acertado sobre las tareas de la hora. El PS fue perdiendo posiciones dado que hizo hincapié en una estrategia electoralista, parlamentaria y reformista que no tuvo en el mundo obrero tanta recepción como las propuestas anarquistas. El problema de la propuesta socialista radicaba en que en Argentina la mayoría de los trabajadores eran inmigrantes no naturalizados y, por tal condición, estaban excluidos del voto y la representación. Por otro

lado, el reformismo legalista no tenía mucho consenso en un movimiento obrero que recibía generalmente represión y persecución por parte de un Estado dominado por la oligarquía conservadora argentina.⁵¹ Frente a estas debilidades del socialismo, los anarquistas desarrollaron una fuerte vertiente sindicalista, que inspiró la creación de múltiples sociedades de

⁵¹ De clara simpatía por el anarquismo, Osvaldo Bayer entiende que: "a todas esas masas inmigrantes el socialismo les proponía obtener carta de ciudadanía argentina para poder votar y elegir sus representantes; el anarquismo, en cambio, predicaba la acción directa, la negación del Estado –reservado a los hijos del país en cargos electivos y basado en el fraude y el caudillismo parroquial–, y la defensa de sus intereses en la lucha directa contra el patrón con las tres armas clásicas: la huelga, el sabotaje y el boicot. El Partido Socialista les ofrecía una interpretación científica y determinista a largo plazo; el anarquismo no aceptaba discutir con el Estado, pero sí con el patrón que los explotaba. En tanto el Estado con sus instituciones todavía no se había desarrollado lo suficiente para tomar a su cargo las relaciones laborales, la solución anarquista aparecía como ideal para toda una masa insegura, apresurada para obtener los frutos de su trabajo. Nada iban a lograr por el largo camino de las elecciones y el parlamento esos hombres sin voto, en un país gobernado por la oligarquía". Ver Bayer, Osvaldo, *Los anarquistas expropiados...*, op. cit., p. 129. Desde las propias filas del sindicalismo revolucionario, corriente desprendida del seno del PS, sus militantes contemporáneamente esbozaron acusaciones similares. Ver Bertolo, Maricel, *Una propuesta alternativa...*, op. cit.; Mazola, Ricardo, *Sindicalismo y socialismo. El Partido Socialista y el movimiento obrero en la década del 900*, Mimeo, 2007; Belkin, Alejandro, "La revolución radical de 1905 y los orígenes del sindicalismo revolucionario en Argentina", *Nuevo Topo. Revista de Historia y Pensamiento Crítico*, Nº 2, Bs. As., 2006. Más allá de estas impugnaciones que el PS recibía desde otras corrientes político-sindicales, no debería desconocerse el importante trabajo organizativo que los socialistas realizaron en el movimiento obrero argentino de fines del siglo XIX y principios del XX. En todo caso, su actuación gremial demanda más trabajos empíricos, los cuales podrían llegar a mostrar que su accionar sindical no se reducía a los lineamientos de la dirección del partido. Recordemos que el PS desde sus orígenes apostó por una configuración que impulsó, por un lado, un partido político parlamentario, electoralista y con orientación hacia las reformas legales, y por el otro, organizaciones sindicales para la lucha por reivindicaciones gremiales. Ambas líneas, el reformismo político y el reformismo sindical, mantuvieron relativa autonomía y estuvieron en constante tensión, siendo no pocos los conflictos y las rupturas internas provocadas por las dificultades de articular ambas perspectivas. Ver Torti, María Cristina, *Estrategia del Partido Socialista. Reformismo político y reformismo sindical*, CEAL, Bs. As., 1985.

resistencia y que demostró gran efectividad en la concreción de siete huelgas generales y muchas parciales a lo largo de la primera década del siglo XX.

La crítica a la dirección del PS también era compartida por la UGT, central obrera que desde su IIIº Congreso sería dirigida por el sindicalismo revolucionario. Esta corriente sostenía tanto la necesidad de la unidad del colectivo laboral como la centralidad de la lucha sindical, acentuando al mismo tiempo un menosprecio por las definiciones político-partidarias. Los trabajadores agrupados en la UGT, aunque se reconocían marxistas, se habían distanciado del PS (que fuera fundador de la Unión), en desacuerdo con su práctica electoralista, su parlamentarismo y su reformismo legalista. El predominio en la dirección del PS del grupo que sostenía esta última opción, llevó al sindicalismo revolucionario a profundizar su obrerismo e intentar su propia proyección desde la UGT. “Los sindicalistas revolucionarios sostenían que solamente a través de la acción autónoma de los trabajadores y sus órganos de clase, los sindicatos, se podrían lograr las reivindicaciones solicitadas, así como también, la concreción gradual del destino revolucionario del proletariado”.⁵² Desde estas concepciones se fueron acercando a las posiciones del anarquismo-organizador.

DISCUSIONES INTERNAS ENTRE ANARCO-SINDICALISTAS Y DOCTRINARIOS PUROS

Los términos del debate al interior del anarquismo se enmarcaron inevitablemente en la nueva coyuntura por la que atravesaba el país en general y el movimiento obrero en parti-

⁵² Bertolo, Maricel, *Una propuesta alternativa...*, op. cit., p. 8. En esta visión, el partido político tenía un lugar secundario, espacio que pronto fue perdiendo y del cual comenzarían a prescindir. De este modo, los sindicatos cobraron una centralidad total y fueron considerados como la única base de acción propiamente obrera y como la organización sobre la que se construiría la sociedad futura.

cular. El desarrollo de la industria ampliaba diariamente las filas del colectivo laboral en términos objetivos, así como también lo hacía el aluvión de inmigrantes que llegaba al territorio argentino. En este contexto, las organizaciones gremiales multiplicaban sus adherentes. La lucha sindical era el motor principal de este crecimiento, el cual a su vez se expresaba en el aumento de la protesta social. Frente a esta amenaza latente y progresiva para el orden social vigente, el gobierno, por un lado, respondía con represión, cárcel y deportaciones, y por otra parte, comenzaba a esgrimir una reforma electoral y una Ley Nacional del Trabajo tras el objetivo de institucionalizar (y con ello calmar) una parte de la desbordante conflictividad social.

Las alas del reformismo, de esta manera, se desplegaban tanto desde el gobierno como desde el movimiento obrero, por supuesto que con diferentes perspectivas e intenciones. Ante esta situación, el anarquismo debía resolver una contradicción que atravesaba sus organizaciones: ¿debía priorizar tácticamente la lucha económica-reivindicativa o la lucha político-ideológica? En todo caso, la cuestión era cómo articular ambos aspectos.

Frente a esta encrucijada, Alberto Ghirardo y Eduardo Gilimón se convirtieron en los representantes de dos líneas que se disputaban la hegemonía dentro del anarquismo.⁵³ El primero, más cercano a las posiciones del sindicalismo revolucionario, sostenía: "la división actual no tiene asidero alguno en que sustentarse, pues muy bien dentro de los gremios caben los socialistas, los de la UGT y los de la Federación, sin que por eso perdieran la tendencia sociológica que cada uno tiene, y haciendo en cambio mucho más eficaz la lucha económica, en que todos están de acuerdo". En este sentido, sin

⁵³ Esta puja puede seguirse en términos más amplios en Suriano, Juan, *Anarquistas...*, *op. cit.*; Bilsky, Edgardo, *La FORA...*, *op. cit.*, y Oved, Isaacov, *El anarquismo...*, *op. cit.*

mencionarlo explícitamente, defendía la vieja división propuesta por Pellico entre una vía económica y otra revolucionaria. Contrariamente, Gilimón se oponía al sindicalismo como doctrina y defendía la necesidad del “finalismo” en las organizaciones obreras. Apuntaba sus cañones contra el sindicalismo revolucionario, teorizando sobre la necesidad de difundir el ideal dentro de las organizaciones obreras para contrarrestar el corporativismo y el reformismo. Comparativamente, podríamos decir que abogaba por una fuerza “económica-revolucionaria”.

A propósito de la discusión generada, traemos a colación la propuesta que le hicieron los ugetistas al Vº Congreso de la FORA: “la UGT aceptará un pacto con las demás asociaciones, siempre que no se perjudique su método de lucha”. Abad de Santillán, posteriormente replicaba con cierta ironía que “es justamente esa salvedad precisamente la que da razón de ser a múltiples organizaciones obreras y sobre el cual hubiera radicado exclusivamente la necesidad, si así se creía, de formular un pacto o acuerdo por escrito”.⁵⁴ Es preciso reconocer que en el debate del momento las dos posiciones tenían implicancias profundas en cuanto a la concepción de la organización, los métodos de lucha, la violencia, el reformismo y la revolución. Ambas, a su vez, actuaban sobre una tensión constante entre las tareas que el movimiento obrero se proponía para el momento y los principios ideológicos que las caracterizaban.

Ghiraldo, o mejor dicho el sector anarco-sindicalista, defendía la importancia de las luchas por conquistas parciales que se desenvolvían a partir de la unidad de todos los trabajadores. En tal sentido, priorizaba los métodos propios del sindicalismo (boicot, huelgas parciales, sabotaje, etc.), ya que ellos llevarían a un avance paulatino hacia la emancipación social, constituyéndose las asociaciones obreras en la base de la sociedad del futuro. En cambio, Gilimón, o mejor dicho la línea

⁵⁴ Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, op. cit., p. 145.

de los “doctrinarios puros”,⁵⁵ prefería educar al ejército proletario para que cumpla su misión. Confiaba en la necesidad de que el purismo doctrinario y el finalismo se instalen como principios rectores de las organizaciones obreras. Afirmaba que para los objetivos propuestos era nocivo el organizacionismo a ultranza, ya que el movimiento debía fiarse más de la espontaneidad, la violencia social, e inclusive de las acciones individuales. Estas nociones nos hacen pensar en una confluencia de los grupos anarco-individualistas con esta línea más radicalizada; que fue la que predominó en la FORA a partir de su Vº Congreso. Así también lo indicaba el traspaso de la dirección de *La Protesta* a manos de Gilimón y su línea.

Resumiendo, una tendencia del anarquismo afianzaba su vocación gremialista y en esta decisión se acercaba a las posiciones del sindicalismo revolucionario, planteando incluso la necesidad de institucionalizar la unidad de las centrales obreras existentes; y al mismo tiempo, el otro sector coincidía con los grupos más doctrinarios, radicalizados e individualistas. Paradójicamente, esta última opción primó desde ese momento en el anarquismo. La paradoja se manifestó con más fuerza en el hecho de que mientras el sindicalismo revolucionario se aproximaba cada vez más a las posiciones anarquistas (negación del Estado, rechazo de la política partidaria, acción directa, etc.), éstos se alejaban de los sindicalistas revolucionarios priorizando el finalismo. Es decir, en el mismo momento en el que se acercaban las fracciones organizadoras de ambas corrientes también reaparecieron fuertes tendencias individualistas y desorganizadoras en la FORA, que se tradujeron en la dispersión de la misma y la reducción de su Consejo Federal a la mínima expresión, el cual comenzó a desempeñar sólo funciones de intermediación, sin gozar de decisión propia.⁵⁶

⁵⁵ El término fue acuñado por Suriano, Juan, *Anarquistas...*, *op. cit.*

⁵⁶ Ver Bilsky, Edgardo, *La FORA...*, *op. cit.*, p. 149

Detrás de esta división dentro del anarquismo se escondía la discusión sobre el carácter de la revolución y sobre el sujeto que la llevaría adelante. Los anarco-sindicalistas sostenían que la revolución era proletaria y que la clase obrera organizada estaba llamada a cumplir un rol central en el proceso. Para esta tendencia, la lucha era principalmente socio-económica y el sindicato era el órgano natural para llevarla adelante, ya que se orientaba a cubrir las necesidades materiales de los obreros.⁵⁷ En esta disposición, los intelectuales, por ejemplo, quedaban relegados a un segundo plano, situación que ponía incomodo al propio Ghiraldo. Esta corriente, como todos los anarquistas, impugnaba tanto al capitalismo como al Estado, aunque por sus componentes y sus objetivos hicieron hincapié en el enfrentamiento contra el primero. Contrariamente, los doctrinarios puros pusieron el eje en la confrontación contra el Estado, obviamente sin negar su oposición al régimen capitalista.

En cuanto al finalismo adoptado por el Vº Congreso de la FORA, los “doctrinarios puros” afirmaban que “sin la metafísica sindicalista, a nadie se le hubiera ocurrido lógicamente que podrían existir organizaciones revolucionarias sin una finalidad, sin un propósito final. El hecho de agrupar obreros no significa que se trabaje para la revolución”.⁵⁸ En estos términos, el cambio social tenía un componente policlasista, donde se valoraba a los hombres por sus ideas y no por su clase social. El sujeto de la revolución era el pueblo, los oprimidos y categorías amplias que no se restringían a condicionar a las personas por su oficio, considerado éste como uno de los tantos accidentes en la vida. Los hombres se definían por sus convicciones, ya que era fácilmente comprobable –sostenían-

⁵⁷ Desplazados de la dirección de *La Protesta* en 1906, los anarco-sindicalistas siguieron impugnando a los “doctrinarios puros” desde periódicos de menor tirada, destacándose *Luz y vida*, fundado en 1908. Ver Suriano, Juan, *Anarquistas...*, op. cit., p. 99.

⁵⁸ Abad de Santillán, Diego, Suplemento semanal de *La Protesta*, 16 de marzo de 1925, citado por Suriano, Juan, *Anarquistas...*, op. cit., p. 92.

que de ambos bandos participaban obreros y burgueses. Entonces, o se era partidario de la autoridad o de la anarquía, y en esta decisión las ideas determinaban, en última instancia, la ubicación de una persona de un lado o del otro.

La concepción más doctrinaria del anarquismo confiaba en la educación revolucionaria como motor principal de la transformación, y en esta disposición los intelectuales encontraban un lugar central. Serían los hombres conscientes los encargados de desencadenar un cambio profundo. La anarquía no era proyectada como un sistema de mejoras, sino como la lucha por “la abolición de todo principio de autoridad (...) [impulsada por] hombres que pertenecen a distintas clases sociales, vale decir, todos los que tienen un elevado concepto de su individualidad, de la dignidad humana, de la libertad”.⁵⁹ Confiados en la potencialidad de esta vanguardia, no era necesario concientizar a todo el pueblo: “basta y sobra en que haya una minoría bastante numerosa que aproveche una ocasión cualquiera en que el malestar, latente siempre, se exteriorice”.⁶⁰ Para esta corriente, la militancia sindical no era pensada como un fin en sí mismo, sino como un espacio más de agitación.

Esta tendencia dio un salto cualitativo en el Vº Congreso de la FORA, cuando logró que la Federación adoptara el comunismo anárquico como filosofía política y como fin último de sus acciones. La postura finalista fue acompañada por algunos puntos que señalaban un cambio de dirección. El congreso se inició con una reflexión del secretario del Consejo Federal, quien señalando errores propios de la FORA, entendía que “no se ha fomentado bastante la iniciativa individual y eso debe tenerlo presente el quinto congreso”. A continuación

⁵⁹ Gilimón, Eduardo, “La anarquía”, *La Protesta*, 20 de agosto de 1908, citado por Suriano, Juan, *Anarquistas...*, *op. cit.*, p. 97.

⁶⁰ Gilimón, Eduardo, “Cómo concebimos la anarquía”, *La Protesta*, 18 de julio de 1909, citado por Suriano, Juan, *Anarquistas...*, *op. cit.*, p. 97.

se leyó un documento reivindicativo de la acción terrorista de Planas, quien atentó contra la vida del presidente de la Nación, Manuel Quintana, aunque no logró su objetivo. Este episodio fue calificado en la ocasión como “el producto de una inteligencia perfectamente equilibrada y superior produciendo un acto altamente moralizador y altruista”.⁶¹ La declaración indicaba que la tendencia anarco-individualista comenzaba a recobrar ciertas posiciones de antaño dentro del movimiento libertario y la Federación Obrera.

DEL V° AL IX° CONGRESO DE LA FORA O EL FIN DE LA HEGEMONÍA ANARQUISTA

Hacia 1905 la unidad de la clase trabajadora se tornó un tema central. Esta venía dándose en los hechos: en proclamas conjuntas de repudio al gobierno, en acciones huelguísticas y en manifestaciones públicas. Así sucedió, por ejemplo, el 27 de mayo de 1905 o durante la huelga general de 1907. La férrea represión del Estado, en contraparte, también estimulaba esta tendencia unitaria. El III° Congreso de la UGT y el V° Congreso de la FORA trataron la posibilidad de juntarse, aunque mientras los sindicalistas revolucionarios hacían de la unidad su bandera de lucha, los anarquistas llamaron a la unión pero dentro de su organización y manteniendo la posición finalista. A partir de esta fecha, comenzaron a sucederse varios intentos de congresos unitarios, aunque sin que se llegara a una solución efectiva. Lo cierto es que fusionistas y foristas se disputaban la hegemonía dentro del movimiento obrero.

Mientras transcurrían estas querellas internas en el sindicalismo, la conflictividad social se profundizaba.⁶² Las luchas

⁶¹ Ver Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, op. cit., p. 134.

⁶² “Según las estadísticas gubernativas de las huelgas, en 1906 hubo 323 conflictos; en 1907 alcanzaron a 254”, Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, op. cit., p. 165.

gremiales y las manifestaciones políticas de los trabajadores inquietaban notablemente a la clase dominante. La represión patronal y estatal sobre el movimiento obrero crecía a medida que este se desarrollaba. Por su parte, las distintas corrientes político-ideológicas del movimiento obrero intentaban dirigir el proceso abierto. La FORA, en tanto organización predominante, siguió marcando el paso del proletariado, y el cambio en la orientación de su dirección pronto irradió la influencia de su perspectiva. En manos de los “doctrinarios puros”, la Federación se propuso hacer gimnasia revolucionaria hasta en las huelgas parciales. La actividad sindical progresivamente comenzó a ser concebida como paso previo, como “una excusa”, para emprender la lucha por la revolución social, y ya no como una acción que podía estar definida por sus propias metas, que en muchos casos se acotaban a la mejora de las condiciones de vida dentro del capitalismo. Esta gimnasia revolucionaria, a la que se subordinaban los objetivos específicos de la militancia sindical, sería confirmada y profundizada por las resoluciones del Vº Congreso de la FORA. Movimiento obrero y anarquismo buscaban ser unidos en una doctrina común que englobara su accionar. En este contexto, el Vº Congreso

“aprueba y recomienda a todos sus adherentes la propaganda y la ilustración más amplia, en el sentido de inculcar en los obreros los principios del comunismo anárquico. Esta educación, impidiendo que se detengan en la conquista de las ocho horas, les llevará a su completa emancipación y por consiguiente a la evolución social que se persigue.”⁶³

Para los anarquistas más doctrinarios, los problemas principales de los trabajadores eran el capitalismo y el Estado, y no había que engañarse con las posibilidades de su reforma. Este camino, sin embargo, era impugnado por los sindicalis-

⁶³ Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, op. cit., p. 143.

tas de la UGT y por una fracción de anarco-sindicalistas. Ellos criticaban el sectarismo que implicaba el finalismo decretado por el Vº Congreso de la FORA. Esta postura, incluso, era apoyada por anarquistas del extranjero. Así, Luigi Fabbri escribía en el periódico romano *Vita Operaria*:

“Yo pienso que la organización obrera, para no ser sectaria, dogmática y autoritaria, debe evitar toda afirmación ideológica que pueda dividir a la masa proletaria, según preocupaciones especiales de partido, pero conservando un contenido ideal que es el de la solidaridad con todos los trabajadores contra el capitalismo. Llevarnos al campo de las preocupaciones partidarias (aunque sean de pura índole teóricamente anarquista), significa despedazar la solidaridad obrera y hacer obra antilibertaria.”⁶⁴

Las impugnaciones a las prácticas de los finalistas crecían, por ejemplo, frente a las decisiones tomadas por la dirección de la FORA contra las deportaciones realizadas por el gobierno en enero de 1908. La Federación, en lugar de proponer una manifestación puntual contra el Estado para la solución del tema, como hubieran preferido los anarco-organizadores, decretó la huelga general por tiempo indeterminado. La medida maximalista fracasó y a los pocos días se llamó a volver al trabajo, acumulando en el haber, presos y locales cerrados. La dirección de la FORA en aquel momento se dedicaba a esperar manifestaciones sentidas por el pueblo para profundizar el reclamo y convertirlo indefectiblemente en un paso previo a la revolución.

Ante la constante gimnasia revolucionaria y el apoyo de todas las iniciativas libertarias individuales propuestas por los “doctrinarios puros”, muchos gremialistas comenzaron a preferir la autonomía o la vinculación con el anarco-sindicalismo, con el fin de militar por objetivos más limitados pero con po-

⁶⁴ Citado en Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, *op. cit.*, pp. 161-162.

sibilidades de ser concretados. Con esta orientación, en 1908, anarco-organizadores, ugetistas y sindicatos independientes fundaron la Confederación Obrera Regional Argentina (CORA).

Las polémicas y las disputas entre quienes abogaban por la organización conjunta del movimiento obrero y quienes priorizaban el finalismo recobraron nueva fuerza luego de los sucesos de mayo de 1909. En conmemoración del día internacional de los trabajadores, como todos los años, hubo manifestaciones proletarias. Al ponerse en marcha la movilización obrera, la fuerza policial, dirigida por el coronel Ramón Falcón, arremetió contra ella causando ocho muertos y ciento cinco heridos.⁶⁵ La clase dominante cubría de gloria al gobierno de Figueroa Alcorta por haber frenado la protesta social, mientras que las dos centrales obreras decretaban en conjunto la huelga general en repudio al “asesinato colectivo”. La unidad que no podían institucionalizar fue consumada frente a los atropellos de las “fuerzas del orden” (burgués). Varios días de demostraciones callejeras hicieron ceder al gobierno en algunas de las medidas antiobreras que había tomado. Éste anunció que “sería derogado el código municipal de penalidades y ordenó la reapertura de los locales obreros, prometiendo la liberación de los presos”.⁶⁶

Los culpables de la masacre, sin embargo, permanecieron libres y “llenos de gloria”. La situación de indignación que despertaba este hecho estimuló a un “vengador del pueblo” a revertir la impunidad de la que gozaba el coronel Falcón. El 14 de noviembre de 1909, Simón Radowsky le quitó la vida al

⁶⁵ Ramón Falcón en el desarrollo de su carrera militar había enfrentado a las montoneras federales de López Jordán y a los indios del mal llamado “desierto”. Luego de estas experiencias, había actualizado sus procedimientos en la represión del anarquismo. “Falcón tenía su coherencia: a sus ojos la montonera, el malón y una huelga significaban lo mismo: la anarquía. Y él era un militar liberal”, ver Viñas, David, *Literatura argentina y política II. De Lugones a Walsh*, Sudamericana, Bs. As., 1996, pp. 28 y 29.

⁶⁶ Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, *op. cit.*, p. 179.

jefe de la policía con una bomba. La vindicación, en contrapartida, desencadenó una violenta persecución de las “fuerzas del orden” sobre la masa proletaria; el gobierno declaró el estado de sitio, se asaltaron diarios obreros y las cárceles fueron saturadas de prisioneros. Las tareas organizativas se frenaron y todo el gremialismo se replegó. Como agravante, muchos militantes sindicales fueron deportados.⁶⁷

A pesar de este complicado panorama, la FORA publicó un boletín clandestino festejando al matador, y en su VIIIº Congreso hizo un reconocimiento especial al vengador ruso. La justicia del acto fue considerada razón suficiente para enaltecer a Radowsky, sin opacar el hecho ni siquiera con los centenares de presos y deportados, con los diarios clausurados y con los locales obreros cerrados.⁶⁸ El finalismo y la anarquía fueron priorizados sobre la estabilidad de las organizaciones obreras.

⁶⁷ Alejandro Silveti recordaba: “cuando yo tenía veinte años fue muerto el coronel Ramón Falcón; por ser militante gremial fueron a detenerme en el mismo taller en el que trabajaba (...). Todavía me acuerdo que el patrón protestó como un energúmeno porque le sacaban del pie de una máquina a un obrero que precisaba. Luego de una cuarentena con otros muchos presos en el “Guardia Nacional”, un transporte de guerra, fui deportado a España. Era el día de Navidad de 1909”. Citado por Troncoso, Oscar, *Fundadores...*, op. cit., pp. 211-212.

⁶⁸ Abad de Santillán aclaraba, en tono justificatorio, que ya con motivo de la represión que los trabajadores sufrieron en el mitin del 21 de mayo de 1905, con el saldo de dos muertos y cientos de heridos, los anarquistas le habían advertido tanto a las autoridades como a los policías que no eran invulnerables, y amenazantes preguntaban: “¿A quién las responsabilidades de mañana si una hecatombe anónima extiende sus alas de horror sobre Buenos Aires?” Precisamente, retomando esta argumentación, Santillán reflexionaba sobre los sucesos de 1909: “El dolor del domingo es una amenaza y una enseñanza. íbamos en paz y ellos nos han traído la guerra. Si quieren violencia la tendrán. La sangre derramada no será en vano; riego fecundo, ella hará florecer nuestra esperanza (...) No han sido sólo palabras. Y en estas líneas, repetidas hasta la saciedad en todos los tonos, apuntaba ya la bomba de Radowsky. ¿Quién sino la bestialidad gubernativa y policial prendió la mecha?”. Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, op. cit., p. 131.

Para hacer un balance de la situación que se generó luego de la ejecución del jefe de la policía, es necesario abordar en toda su complejidad las contradicciones que se dieron entre el acto terrorista espontáneo (sin la planificación de una organización y sin estrategia colectiva que lo sustente) y las perspectivas de los sindicatos. Frente al mismo hecho (la represión del primero de mayo de 1909), las acciones colectivas de la clase obrera lograron derogar el código municipal de penalidades, la reapertura de los locales obreros y la liberación de los presos, mientras que la certera bomba de Radowisky acarreó presos, cierres de locales y deportaciones, sin reportar beneficios en cuanto a conquistas, ni en términos organizativos. De todos modos, la justicia de la vindicación, compartida sentimentalmente por el conjunto de la clase obrera, primaba en la opinión forista sobre las consecuencias posteriores de la explosión que terminó con la vida del represor Falcón. Sería, entonces, la justicia o no de un atentado lo definitorio, más que la existencia de una táctica o una estrategia colectiva que lo sustentara.⁶⁹

Paradójicamente, en el momento de mayores posibilidades para el desarrollo de una fuerte corriente anarco-sindicalista (1905-1910) y no antes, quizá con mayor consenso, los anarquistas produjeron hechos terroristas de gran importancia, como el fallido atentado contra el presidente Quintana, en 1905, y el ajusticiamiento de Falcón, en 1909. Lejos fueron quedando los reparos de la tendencia organizadora para frenar la iniciativa individual sin perspectivas colectivas de los anti-organizadores. En 1910, durante la huelga general de mayo, estallaron varias bombas; en el mes de julio, una en particular lo hizo en el aristocrático teatro Colón. Los actos de

⁶⁹ Así lo expresó Abad de Santillán al opinar sobre las acciones terroristas de Simón Radowisky y Kurt Wilckens: "el impulso de sus actos no fue la venganza personal sino la solidaridad social: se trataba de una forma de confraternidad para con los explotados, víctimas de muy duras condiciones de vida", Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, *op. cit.*

violencia, resignificados y aprovechados por el gobierno para imponer sus intereses, fueron generando consenso en las clases acomodadas para decretar la Ley de Defensa Social, la cual tenía como único objetivo reprimir a los trabajadores.⁷⁰

Tan violenta fue la reacción estatal en el año de la conmemoración del Centenario de la Revolución de Mayo de 1810 que el movimiento obrero tardó tres años en reponerse. La pompa y el lujo de los festejos⁷¹ tuvieron como contracara el ocultamiento de la miseria, no mediante la supresión de sus causas económicas y sociales, sino por medio de la Ley de Residencia, la de Defensa Social, la cárcel y la represión policial. En consecuencia, ayudado por las bandas nacionalistas que se dedicaron a la caza de obreros, el gobierno argentino se mostró magnánimo ante la mirada del mundo que lo visitaba.

REFLEXIONES FINALES

Luego de los sucesos represivos del centenario, pasados más de tres años, el movimiento obrero pujaba por resurgir. La época había cambiado en algunos aspectos respecto de la anterior. Comenzaba en Argentina un proceso en el que el sistema político y económico buscaba ensanchar sus bases para disminuir la conflictividad social. En este sentido, el yrigoyenismo asumió el gobierno en 1916, como apuesta preventiva de un sector de la clase dominante, como respuesta a los reclamos de los sectores medios y de algunas fracciones obre-

⁷⁰ "Luego del atentado en el Colón en pocas horas se sancionó la Ley de Defensa Social, que llevó el N° 7029. Esta monstruosidad jurídica, que no ha podido perdurar, sirvió a la oligarquía para asestar un golpe terrible al movimiento obrero", Íscaró, Rubens, *Origen y desarrollo...*, *op. cit.*, p. 87. Esa sincronización llevó a algunos estudiosos a presentar la hipótesis del auto-atentado por parte de las clases dominantes para justificar la sanción de dicha ley.

⁷¹ Sobre los festejos del Centenario, ver Salas, Horacio, *El Centenario*, Planeta, Bs. As., 1996.

ras que demandaban una apertura del sistema político, así como por la presión de un sector del sindicalismo dispuesto a negociar en pos de que el Estado accediera a sus reivindicaciones.

Esta ampliación y este naciente reformismo, le permitieron a la corriente sindicalista revolucionaria hacerse con la dirección del movimiento obrero, lo cual se institucionalizó en el IX° Congreso de la FORA, en 1915. Un sector de los anarco-sindicalistas acompañó esta renovación, mientras que otra parcialidad de los anarquistas repudió este proceso tras una firme convicción finalista y se recluyó en la llamada FORA V° Congreso. Allí se agruparon quienes luchaban por un cambio profundo sin pasos intermedios. Unos pocos años después, sin embargo, ya no estarían solos en este sendero. Con la revolución bolchevique de 1917, y la creación de partidos comunistas a lo largo y a lo ancho del mundo, se fundó una corriente radical que contaba con el éxito entre sus antecedentes, atrayendo a muchos de los que militaban por derrocamiento del capitalismo, incluyendo a varios anarquistas de antaño. Este doble proceso al interior del movimiento obrero (crecimiento del reformismo y nacimiento de una opción revolucionaria triunfante) llevó al anarquismo a una posición minoritaria.⁷²

⁷² Las últimas acciones de fuerte confrontación en las que participó el anarquismo como una de las corrientes predominantes fueron la huelga de la fábrica Vasena, que desembocaría en huelga general en enero de 1919, y las huelgas rurales en la Patagonia a principios de la década del 20. Ver Godio, Julio, *La semana trágica de enero de 1919*, Hyspamérica, Bs. As., 1972; y Bayer, Osvaldo, *La Patagonia rebelde*, 2 tomos, Ed. Página/12, Bs. As., 2009. Por otra parte, reflexionando sobre este retroceso de la línea finalista del anarquismo en el movimiento obrero, Abad de Santillán lo justificaba de alguna manera al entender que "por su misma cualidad de organización de combate, expuesta a todos los peligros, no se le podía exigir permanencia y solidez orgánica a sus cuadros sindicales, a veces se ha visto deshecha en tanto organización, pero ha quedado siempre en pie como bandera y como idea y nosotros nos sentimos más orgullosos de una FORA reducida al mínimo de cotizaciones por las persecuciones feroces de los adversarios que si se le hubiese consentido un desarrollo pacífico como a los organismos reformistas que disfrutaban de todos los favores del Estado y del capital", Abad de Santillán, Diego, *La FORA...*, *op. cit.*, p. 185.

Observando el proceso a mediano plazo, podría decirse que en los inicios del siglo XX el desarrollo del anarquismo en el movimiento obrero y su flexibilidad ideológica recorrieron el mismo camino, e inversamente. En este sentido, en el comienzo del texto descartábamos la explicación monocausal que resumió al anarquismo a un mero reflejo del proceso económico y social, discutiendo la postulada inevitable correlación entre anarquismo y estructuras atrasadas. Contrariamente, poníamos el eje en la estrategia política esgrimida por los militantes libertarios para entender con mejores criterios el derrotero del anarquismo y del movimiento obrero en la Argentina del Centenario.

Insistimos en resaltar que la opción anarco-organizadora, consciente de las tareas concretas del momento, logró exitosamente adaptar (o poner en segundo plano) sus principios ideológicos para vincularse con las masas trabajadoras y sus luchas político-sindicales. Esta estrategia, que respondía a las necesidades coyunturales de los trabajadores, llevó al anarquismo a la dirección del movimiento obrero, incrementando su capacidad de dirección, organización y movilización. La importancia de su prédica, entonces, no radicaba tanto en su coherencia teórica en términos abstractos o formales, sino que su virtud se acentuó en sus proyecciones prácticas, en su potencial organizador, en su rol constructor, en su credibilidad política, en su capacidad de persuasión para desarrollar las luchas de la hora, en fin, en su fuerza aglutinadora. La filosofía de la praxis expresaba en este caso una superación clara y contrapuesta al concepto idealista de ideología.

El anarquismo había logrado flexibilizar sus posiciones ideológicas (abstractas o formales) al punto de darse una estrategia política organizadora en el 1900. Sin embargo, no logró reacomodarse otra vez a las nuevas tareas que se proponía el movimiento obrero en un contexto cambiante. En este sentido, habría que seguir estudiando las determinaciones existentes entre las estructuras pre-capitalistas y la ideología anarquista para conocer mejor en qué condiciones y en qué

situaciones puede el anarquismo representar las aspiraciones del proletariado en la sociedad industrial. El presente trabajo muestra que el anarquismo no estaba inhabilitado *a priori* para postularse como una de las alternativas políticas posibles para el desarrollo del movimiento obrero argentino.

Lo cierto es que el V° Congreso de la FORA fijó un tope ideológico y se plantó negativamente frente a los nuevos desafíos que se proponía recorrer un sector importante del movimiento obrero. En ese momento comenzó a primar una rigidez ideológica que no le permitió reformular una estrategia política acorde con nuevos tiempos signados por la necesidad del movimiento obrero de avanzar también en ciertas prácticas reformistas. Se le regalaba ese terreno a otras corrientes político-ideológicas y más adelante a la burguesía. Los finalistas terminaron planteando el reformismo y la revolución como posiciones enfrentadas y antagónicas, cuando en un primer momento fueron pensadas y ensayadas como complementarias o como distintos momentos tácticos de una estrategia común del movimiento obrero.

El fin del predominio anarquista en el movimiento obrero hacia 1910, sin lugar a dudas, también se explica por la brutal represión que desató el Estado contra los ácratas y contra los trabajadores, la cual logró desarticularlos. Sin desconocer su importancia en el desenlace del proceso, en el texto, sin embargo, me centré en el estudio del desarrollo del propio anarquismo, llevando la cuestión al plano de su estrategia política y sus contradicciones internas. Siguiendo este enfoque surgieron, tanto la pregunta sobre si el anarquismo lo podría haber hecho de algún otro modo dentro de sus concepciones ideológicas, como la insinuación de una respuesta positiva.

En todo caso, para analizar este momento del anarquismo, y su proyección hacia el movimiento obrero, habría que “distinguir entre ideologías históricamente orgánicas, que son necesarias para una cierta estructura, e ideologías arbitrarias, racionalistas, queridas. En cuanto a históricamente necesarias,

tienen una validez que es validez `psicológica': organizan a las masas humanas, forman el terreno en el cual los hombres se mueven, adquieren consciencia de su posición, luchan, etc. En cuanto arbitrarias no crean más que movimientos individuales, polémicas, etc. (tampoco estas son completamente inútiles, porque son como el error que se contrapone a la verdad y la consolida)".⁷³

Esta diferenciación es fundamental si pensamos en la necesidad actual de formular teórica y prácticamente una alternativa política propia por parte de los trabajadores y el pueblo para que nos proyecte en conjunto hacia una sociedad mejor. Con este fin, entre otras cosas, se torna relevante atesorar la experiencia histórica de la clase obrera para aprovecharla en la construcción de propuestas para el presente y el futuro con más fundamentos. En este sentido, para terminar, quisiera destacar que en el estudio del pasado, con las salvedades correspondientes, los trabajadores pueden retomar cuestiones a solucionar y virtudes a recuperar.

Dos problemas de aquel entonces, por ejemplo, también corroen las perspectivas de nuestras actuales organizaciones políticas y sindicales. Me refiero al corporativismo de muchos sindicatos y al sectarismo de algunos partidos o grupos revolucionarios. En el primer caso, se lucha efectivamente por reivindicaciones inmediatas, pero se pierde de vista la necesidad de cambiar la organización toda de la sociedad capitalista como solución última de los padecimientos de la clase obrera, cediendo el terreno de las iniciativas políticas globales a distintas fracciones de la burguesía. En el segundo caso, generalmente se defiende la pureza de los ideales revolucionarios, aunque se hace de una forma en la que se pierde inserción en las masas trabajadoras y en el pueblo, y con ello se debilita esa posibilidad de transformación.

⁷³ Gramsci, Antonio, "Concepto de ideología", en *Antología...*, *op. cit.*, p. 364

Sobre este eje problemático, las experiencias del anarquismo y del movimiento obrero de principios del siglo XX nos proveen de un intento sustantivo de resolución de este distanciamiento. El anarquismo, en tanto alternativa política del movimiento obrero, en su momento más fructífero creció combinando la lucha por reivindicaciones inmediatas dentro del sistema existente con la proyección de una transformación radical del orden establecido por la burguesía. El reformismo obrero y la revolución proletaria pudieron complementarse tácticamente y se fortalecieron mutuamente en una estrategia de conjunto. Su perspectiva no puede dejar de ponderarse en este sentido, aunque es cierto que la emergencia de las limitaciones señaladas en párrafos anteriores y la reacción violenta de la clase dominante malograron sus anhelos.

Hasta aquí algunos de los aspectos importantes que se pueden apreciar en el estudio de las condiciones por las que transitaba el movimiento obrero en el período del Centenario. Seguramente sea necesario seguir pensando la conmemoración del Bicentenario de la Revolución de Mayo en términos alternativos a los propuestos por las dos visiones dominantes en el debate actual. Los defensores del capitalismo están discutiendo sus “modelos económicos” y la mejor forma de ejercer su dominación política, presentando su tarea como una continuidad con el país que se fue definiendo a partir de la revolución de mayo de 1810. Si de continuar se trata, nosotros, en cambio, podríamos retomar la premisa que en la decadencia del orden colonial llevó a aquellos sujetos a transformar y revolucionar una sociedad que sentían injusta. En 1910 el heredero de ese espíritu, sin dudas, fue el movimiento obrero. ¿Será tiempo de recuperar ese legado, y darle nuevo contenido con nuestras aspiraciones actuales?

Mar del Plata, 30 de mayo de 2010